

Francisco Chiriboga Bustamante

PAGINAS BOLIVARIANAS



BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

QUITO

EDITORIAL ARTES GRAFICAS

1944

Para
Nacional de Luto.
El Autor

PAGINAS BOLIVARIANAS

FRANCISCO CHIRIBOGA BUSTAMANTE

PAGINAS BOLIVARIANAS

10204 1993

004623-J.



QUITO

EDITORIAL ARTES GRAFICAS

1944

OBRAS DEL AUTOR:

Bosquejos e impresiones.....	1 tomo
Doce discursos	1 „
Rimas de los Andes.....	1 „
Plumadas	1 „
Páginas bolivarianas	1 „

EN PREPARACION:

Recuerdos de Europa y América.	1 tomo
--------------------------------	--------

NOTA EDITORIAL

En mi último libro «Plumadas» constan las breves alocuciones pronunciadas por mí en la Sociedad Bolivariana del Ecuador, como Presidente de la Institución, durante el año de 1941.

Hoy reproduzco en este volumen, sin orden cronológico, las que he dirigido en esa Sociedad, también en ocasiones solemnes y en la misma calidad de Presidente de ella, en los años de 1942 a 1944.

Lo hago tan sólo como una manifestación más de mi ferviente y cordial bolivarianismo.

El Autor.

Alocuciones Bolivarianas

En la recepción de la Urna Cineraria del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, para el Museo de la Sociedad Bolivariana.

HOY es día de grandes y profundas emociones para esta Sociedad Bolivariana.

Veinticuatro de Julio!.... Aniversario del glorioso día en que vió la primera luz el Genio más excelso del Continente, el héroe más extraordinario de América; y, al propio tiempo, recepción oficial y solemne, en esta patriótica Institución, de la valiosísima y artística Urna en que se depositaron primitivamente y se guardaron durante largos años los venerandos restos del insigne Mariscal de Ayacucho.

Nacimiento del Libertador de un Mundo! . . . , del cerebro que concibió el más vasto plan de regeneración del Continente; del espíritu que plasmó en realidades sus más altas concepciones; del hombre múltiple y fascinador que brilló en todos los horizontes: en el de la palabra y en el de la pluma, en el de la oratoria y el de la espada, en el del idealismo y el de las altas realidades, en el de la ilustración y el del carácter, en el del sacrificio y el de la gloria.

Bolívar fué el genio de las cumbres y de los abismos: de los abismos, para salvarlos; de las cumbres, para ~~escaparlas~~ *escalarlas*.

Salvó el abismo del Tequendama, con su arrojo conmovedor y turbulento; el de las quiebras de los Andes, con su valor temerario y admirable; el de la incomprensión y la indiferencia de grandes sectores oprimidos, con su talento y su constancia; el del odio de sus adversarios, que anhelaban su aniquilamiento; y el de la carencia de los elementos indispensables para la realización de sus propósitos, con su potencia creadora y su acción indeclinable y fecunda.

Escaló también todas las cumbres: la del Chimborazo, para platicar allí con el Tiempo,

para observar desde sus nevadas moles la inmensidad de las tierras libertadas por él y los horizontes infinitos de su grandeza; la del Potosí, para enclavar en ella la bandera de la Libertad que portaba en su diestra desde las alturas del Avila; las de los Andes que dominan el Casanare, para descender desde ellas, en jornada epopéyica, a los gloriosos campos de Boyacá a recoger los laureles del triunfo; y las doradas cumbres de la popularidad y del prestigio, del heroísmo y del talento, de la palabra y de la pluma, del poder y de la inmortalidad.

* * *

Nos hemos reunido también, hoy, en este ya augusto recinto, para recibir en forma solemne la veneranda reliquia, la hermosísima Urna que albergó en su seno las cenizas del heroico vencedor en Pichincha, Tarqui y Ayacucho.

Esta Urna que tenéis ante vuestros ojos, primerosamente afligranada de arte, donada por el insigne ecuatoriano y patriota, Excelentísimo señor González Suárez, para que depositaran en ella los restos mortuorios del invicto Cumanés, ha sido cedida generosa-

mente a la Boliariana por el actual dignísimo Metropolitano señor doctor don Carlos María de la Torre, de acuerdo con su meritisimo Cabildo, para que se la conserve, se la admire y se le rindan los honores que merece, en el museo que acaba de organizar esta Sociedad.

Me es altamente honroso presentarles, una vez más, a nombre de la Corporación que represento y al mío propio, el más efusivo y fervoroso agradecimiento por tan valiosa donación. Ella recibirá siempre nuestro cálido homenaje y será un recuerdo imperecedero del glorioso Mariscal, del insigne González Suárez y del actual benemérito Arzobispo de Quito.

Esta sagrada Urna encerró, durante largos años, las cenizas de Sucre. Aquí estuvo su corazón, que palpité siempre rebosante de amor patrio, que no conoció el miedo ni ante el odio de sus enemigos y sus rivales, ni ante el fragor de los más encarnizados combates, que se nutrió con el afecto a sus camaradas y soldados, que vibró con el profundo amor a los seres íntimos de su hogar, y que sacrificó todo, hasta su misma vida, por la libertad de sus conciudadanos. Aquí estuvo su cerebro, donde se elaboraron planes mag-

níficos para conquistar mil triunfos en los campos de batalla, que alentó felices concepciones, como magistrado, para la felicidad de sus subordinados, que tuvo siempre frases de estímulo para sus compañeros en la lucha y de intenso cariño para su gran patria, la América. Aquí estuvieron sus brazos, que blandieron heroicamente la espada para ahogar despotismos, para crear libertades; sus brazos que sostuvieron, en las horas de placidez y de calma hogareña, a su amadísima hijita, el encanto de su vida y la prenda adorada de su corazón.

* * *

Hay en esta sesión solemne una nota encantadora, que ha dado realce, color y simpatía a esta ceremonia triunfal: es el grupo de preciosas señoritas, gala y honor de nuestra culta sociedad, que se ha dignado prestar su valioso concurso portando hoy, en sus delicadas manos, las banderas de las naciones todas de América y también las de Francia y otras entidades de Europa, para presentar su homenaje y formar hermosa guardia de honor al inmortal Bolívar y a la reliquia veneranda de Sucre. Mil gracias, preciosas hijas de mi patria. Parece que con vuestras dul-

ces miradas, con el fuego de vuestros corazones y con el fulgor de vuestros bellísimos ojos hacéis relucir más aún las delicadezas artísticas de esta histórica Urna, y abrillantáis los vívidos colores de las enseñas que portáis en vuestras manos, para que se presenten radiantes de luz ante nuestros libertadores y ante esta distinguida concurrencia.

Y vos, Reverendísimo señor Deán de la Metropolitana de Quito, que representáis hoy dignamente al patriota señor Arzobispo, doctor don Carlos María de la Torre, recibid también nuestro hondo agradecimiento por las frases que habéis pronunciado en honor de esta Corporación, al hacer la entrega de tan inapreciable obsequio, y servíos transmitirlo al eminente Metropolitano y a vuestros compañeros en el Cabildo de esta Capital.

* * *

Voy a terminar.

¡A cuántas reflexiones nos invita la presencia de esta Urna cineraria!....

Siempre la incomprensión y la perversidad humanas acompañando en vida a los seres superiores...., y siempre la posteridad justiciera glorificando sus nombres inmortales.

Homero, uno de los más grandes genios de la humanidad, el que inmortalizó con su lira las famosas epopeyas griegas, el cantor inimitable de la Odisea y de la Iliada, . . . mendigando en las calles de Atenas para soportar penosamente su existencia. . . .

Milton, el excelso autor del Paraíso Perdido, vendiendo por una piltrafa, a los libreros implacables, su inmortal producción, para poder sobrellevar su vida de penalidades y miserias. . . .

Sócrates, el filósofo de benéfica y humanitaria doctrina —en algo semejante a la de Cristo—, bebiendo la cicuta propinada por sus mismos conciudadanos. . . .

Colón, el genial descubridor de un mundo, el que con su intrepidez y su visión profunda realizó la obra más grandiosa que, en lo material, han efectuado los hombres en el transcurso de los siglos. . . ., retornando a España cargado de cadenas, y contemplando, desde la eternidad, apedrear su cadáver por un populacho imbécil. . . .

Cervantes, el genio literario más alto de su siglo, el justamente admirado autor del

Quijote, el que condensó en su obra, con inimitable acierto, las dos faces del espíritu humano, la idealista y la materialista, que le han caracterizado siempre y que perdurarán hasta el final de los tiempos; obra que ha de conservarse al través de las edades y a despecho de la veleidat humana; el gran Cervantes. . . arrastrando su miseria por las calles de Madrid y hundiéndose después en la fosa sin tener, casi, quien lleve sobre sus hombros su solitario féretro. . . .

Bolívar, el más alto exponente de la grandeza Americana, el insigne e incomparable Libertador, el creador inmortal de naciones y padre de la Democracia. . . muriendo triste, pobre, abandonado, en las playas solitarias de Santa Marta. . . .

Y Sucre, el vencedor en Pichincha y Ayacucho, el de magnánimo corazón, el invicto Mariscal que gozaba en perdonar a los vencidos y en estrechar la mano a sus émulo y adversarios. . . , recibiendo la bala infame y fratricida en la oscura selva de Berruecos. . . .

Ejemplos son desconcertantes de la perversidad y de la incomprensión de los hombres.

Pero viene la posteridad, y ella, con su mirada serena, exenta de pasiones, y como foco de luz capaz de aquilatar debidamente a los espíritus privilegiados y a los predeterminados de la Historia, les coloca en el alto pedestal labrado por la justicia, entrega su memoria a la veneración de las generaciones posteriores y eleva sus nombres a las regiones de la inmortalidad.

Julio 24 de 1942.

Al condecorar con la Medalla
Insignia de la Sociedad al Ex-
celentísimo Sr. Don Henry A.
Wallace, Vicepresidente de los
Estados Unidos de América.

Excmo. Señor Vicepresidente:

○ S traigo la salutación oficial de la So-
ciedad Bolivariana del Ecuador que
me honro en presidir, con motivo de
la visita, muy honrosa para nosotros, que os
habéis dignado hacer a nuestra Patria.

Representáis, Excmo. Señor, a la gran
Nación de los Estados Unidos de América,
nación admirable, no sólo por la fastuosidad
y grandeza de sus ciudades, su enorme rique-
za y el brillo y progreso sorprendente de su
cultura, de sus artes, sus industrias, su agri-
cultura y su comercio; no sólo por la gran-
deza de sus hombres de Estado, a cuya cima
se halla el insigne Washington, y le hacen
séquito Jefferson, Lincoln, Franklin, Wilson
y el actual dignísimo magistrado de ese gran

pueblo, Roosevelt; sino principalmente por su amor a la libertad, por su respeto a las garantías ciudadanas, por su genuino republicanismo y por su auténtica democracia.

Nosotros proclamamos también, y abrigamos en el fondo de nuestro espíritu estos mismos ideales y estas mismas doctrinas, que son principalmente ideales y doctrinas del Libertador, Simón Bolívar, a quien rendimos perenne y fervoroso culto.

Vos, Excmo. Señor, con vuestra mirada escrutadora, con vuestro fino talento y con vuestro prodigioso dinamismo, habréis podido observar, en los pocos días de vuestra permanencia en el Ecuador, que si bien es un país pequeño, de escasa población y modestos recursos económicos, es, sin embargo, de alta cultura, especialmente en sus clases elevadas, y lleno de afán por su mejoramiento, de anhelo por su progreso, y que se encamina, día a día, siquiera sea lentamente, por los caminos de la civilización.

A más de vuestras excelsas cualidades y de vuestro patriotismo, ha apreciado esta Sociedad Bolivariana en vos, Excmo. Señor, vuestro ferviente y sincero bolivarianismo, del cual habéis dado muestras elocuentes en

vuestras ideas y vuestras actuaciones, puestas en claro, en la trayectoria que habéis recorrido y, de modo especial, en el magnífico discurso que pronunciasteis en la Sociedad Bolivariana de Panamá, en el cual os hicisteis eco de los ideales de Bolívar, manifestando que a la excelsa concepción de la unión y confraternidad americanas, lanzada por él hace 117 años, nada había que añadir en la actualidad.

La Sociedad que represento, habida consideración a lo que acabo de deciros, resolvió condecoraros con la Medalla Insignia de la Entidad y designaros, al propio tiempo, como Miembro de Honor de ella, entregándoos el pergamino en que conste esta designación, con la que se honra ella por tratarse de uno de los socios más distinguidos y beneméritos.

Con vuestra penetración, comprenderéis muy bien que el ideal internacional de Bolívar de unión, armonía y confraternidad entre las naciones americanas es hoy más necesario que nunca, para auxiliarse todas ellas recíprocamente y para hacer frente a la lucha actual en que se ponen en juego los principios de libertad, dignidad e independencia atacados duramente por el totalitarismo. Pero como paladín de la defensa está el gran

magistrado que rige los destinos de vuestra patria y tenemos fe en el triunfo definitivo.

Mas, para que esta confraternidad y armonía sean duraderas, es menester, como muy bien lo comprenderéis vos, Excmo. Señor, que se remuevan algunos obstáculos que pueden oponerse a ellas y se revisen ciertas situaciones que fueron ocasionadas por circunstancias imprevistas. Y son las grandes potencias de América, y especialmente la gran nación que representáis, las llamadas, por su enorme influencia y conocido prestigio, a hacer desaparecer esos obstáculos, para que la confraternidad sea cordial, efectiva y bienhechora para todas las naciones.

Voy a tener la satisfacción y el alto honor de colocar ya en vuestro pecho la Medalla - insignia de la Bolivariana y de poner en vuestras manos el título que acredita la indicada designación, a fin de que recordéis siempre a mi patria, el Ecuador, que os ha recibido con todo el aprecio y las consideraciones que merecéis, para que no olvidéis a esta Sociedad que represento, cuyos ideales son los mismos vuestros, y para que os afirméis más cada día en los excelsos principios y postulados de libertad, de confraternidad, de republicanismo y democracia.

CARTAS RELACIONADAS CON LA CONDECORACION

Guayaquil, 19 de abril de 1943.

Sr. Dr. Dn. Francisco Chiriboga Bustamante,
Presidente de la Sociedad Bolivariana

Quito.

Mi querido señor Presidente:

Antes de partir del Ecuador quiero expresar el hondo sentimiento de emoción que experimenté ayer al recibir la Medalla de la Sociedad Bolivariana.

Fué con el más grande interés que escuché vuestras palabras con respecto a la manera, en la cual la Sociedad Bolivariana se esfuerza por poner en práctica los ideales del Gran Libertador. Su visión de una América unida, colaborando, estrechamente, no sólo para mejorar el bienestar de cada una de las Repúblicas americanas, sino también para fusionar las Américas, en una unión que trabaje por la paz, aún nos sirve de guía para

el futuro. Las actividades de la Sociedad Bolivariana en la causa de la Democracia y de la Libertad, son dignas de toda mi alabanza.

Siempre perdurará en mi memoria la sencilla ceremonia, con la que de acuerdo con los hábitos del Gran Libertador, me fué conferida la Medalla de la Sociedad Bolivariana, así como vuestras sabias palabras acerca de la futura Sociedad hacia la cual todos nos esforzamos.

Recibid, señor Presidente, el testimonio de mi aprecio y consideración más distinguida.

Henry A. Wallace,

Vicepresidente de los Estados Unidos de América.

CONTESTACION

Quito, Abril 26 de 1943.

Excmo. Sr. Dn. Henry A. Wallace, Vicepresidente de los Estados Unidos de América.

Washington.

Muy distinguido señor Vicepresidente:

Envíole un expresivo voto de gratitud por los finos conceptos de su benévola carta de 19 de los corrientes, dirigida desde Guayaquil. En ella se expresa V. E. en frases tan honrosas para mí, que obligan mi profundo reconocimiento.

Me complazco sobremanera —y se complace también la Sociedad Bolivariana que represento— de que V. E. abrigue, como nosotros, los altos ideales internacionales de Bolívar, y de que su gran patria concuerde con la nuestra en sus aspiraciones de confraternidad americana y de paz.

Así podrá realizarse la armonía continental, tan necesaria siempre y que todos anhelamos.

Altamente honrados nos sentimos los bolivarianos por la honda emoción con que V. E. recibió la Medalla Insignia de nuestra Sociedad y por el aprecio que supisteis hacer de ella; como también por vuestras valiosas palabras de aprobación y de alabanza respecto de las labores de la Bolivariana en la causa de la Democracia y de la Libertad. Ellas nos servirán de poderoso estímulo para nuestras futuras actividades.

Y, con los sentimientos de mi más alta consideración y muy especial aprecio, me honro en suscribirme su verdadero amigo y admirador,

Francisco Chiriboga Bustamante

En agradecimiento al Sr. Dr. Rodríguez Fabregat y a la Colonia Uruguaya en el Ecuador, por el homenaje rendido en su sarcófago al Mariscal Antonio José de Sucre.

NADA de lo que tiene relación con la gloria de nuestros libertadores es indiferente para la Sociedad Bolivariana del Ecuador, que me honro en presidir.

Estamos presenciando con honda emoción, en estos solemnes instantes, que los hijos de la progresista nación oriental del Uruguay, residentes en Quito, con el eminente orador Dr. Rodríguez Fabregat a la cabeza, rinden fervoroso y cálido homenaje a nuestro egregio Libertador en Pichincha, el glorioso Mariscal Antonio José de Sucre, colocando en su sepulcro una artística y muy significativa ofrenda floral, acompañada de frases de sentido elogio y de cordial glorificación.

Mil gracias, distinguidos caballeros, por vuestra noble actuación en esta ciudad; ac-

tuación que ha sido y es debidamente apreciada, por cuanto vuestro digno vocero aquí presente, el Dr. Rodríguez Fabregat, ha hecho vibrar el alma ecuatoriana con sus espléndidas manifestaciones y su elocuencia magistral.

El ha ensalzado con frases de fuego, con bellísimas imágenes y con erudición profunda, la épica jornada de Orellana, de Pizarro y de sus inúmeros compañeros al dirigirse desde esta Capital y desde las riberas de nuestro río Guayas por entre senderos intricables, trasmontando cumbres, esguazando ríos, orillando abismos y descuajando selvas, al descubrimiento del gran Amazonas, en empresa inigualada y mil veces admirable. Ha pintado con los colores más vivos los primores de esa hazaña portentosa, los innumerables sacrificios y penalidades que para ella fueron menester, la inmensa gloria conquistada tan heroicamente por el Ecuador, y los derechos que justamente dimanaban para nuestra patria como consecuencia de tan formidable empresa.

Habéis sembrado, señor, en lo íntimo de los corazones ecuatorianos la semilla imprecadera de la gratitud.

En cuanto al acto espontáneo y sencillamente hermoso que realizáis hoy ante este

sagrado féretro, me place decirlos que si bien es modesto este sarcófago en relación con los merecimientos del Gran Mariscal, está, sí, incrustado en el centro mismo de nuestra Capital, junto al altar de la Catedral Metropolitana y a la sombra de la Cruz, como están su recuerdo y su memoria prendidos en el alma de los ecuatorianos.

A pocos pasos de esta tumba veneranda, se reunieron, años ha, los padres de la patria, nuestros inolvidables antecesores, para deliberar ardientemente acerca de los destinos de ella y lanzar, como lanzaron, el primer grito de Independencia en la América española. Y ese grito, esa voz de nuestros próceres repercutió en nuestros majestuosos Andes, y en ondas sonoras e infinitas se propagó por toda la América, y brotaron a su conjuro, por donde quiera, héroes y pensadores y mártires para la gran causa de la independencia, como brotan los peces en la inmensidad de los océanos, las palmas en nuestras selvas orientales y las estrellas en la inmensidad de lo infinito.

Surgieron genios portentosos, en el Norte, en el Sur y en todas partes, que con su cerebro y con su espada crearon naciones y nos dieron libertad. Bolívar, Sucre, San Mar-

tín, Artigas, O'Higgins y mil más son los protagonistas de la epopeya magna.

Miranda, Espejo, Nariño y más precursores, caldearon el ambiente americano, con su palabra y con su pluma, y los pueblos enfervorizados y plenos de patriotismo realizaron el ideal.

Aquí, en el Ecuador, fué en Pichincha donde se consumó la epopeya. . . En Pichincha, en esta montaña majestuosa con cuyas piedras de granito fué tallado este sarcófago que guarda las venerandas cenizas del heroico cumancés; en Pichincha, bellísima mole de los Andes que sirve de dosel a nuestra querida Capital y en cuyo regazo parece que se recuesta y se duerme en sus horas de calma y de tranquilidad; en Pichincha fué donde nació, a los fulgores del genio y de la espada de Sucre, nuestra anhelada independencia.

Paréceme, señores, que así como el sol nunca se presenta más bello que cuando asoma tras las nevadas cimas de nuestras montañas entre arboles de nácar, de oro y de zafir; así también nunca aparece más hermosa la Libertad, que cuando ella ha sido conquistada en la cumbre, entre arboles de patriotismo, de talento y de valor.

Al recibir, en sesión solemne, al Excmo. Sr. Canciller de Colombia, Dr. Dn. Francisco J. Chaux, para la entrega del diploma de Socio Honorario de la Entidad.

ESTÁ hoy altamente honrada esta Sociedad con la presencia del eminente hombre público colombiano, actual Canciller de esa Nación hermana, Sr. Dr. Dn. Francisco J. Chaux, a quien nos hemos permitido dedicarle esta sesión solemne.

No sois, Excmo. Señor, desconocido entre nosotros. Aquí dejasteis honda huella de vuestro paso por el Ecuador, cuando ejercisteis con notable tino, talento y don de gentes, la Plenipotencia de vuestro país ante el nuestro. Aquí esgrimisteis, como lo dijo ayer nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, vuestras primeras armas en el campo de la diplomacia, y las esgrimisteis con espíritu fraterno, con honda comprensión de las realidades

nacionales, con la exquisita cultura que os adorna y con la realización de los ideales que mutuamente unen a nuestras dos naciones.

Y no es este el único momento en que os mostráis benévolo y cordial con nuestros compatriotas y en el que manifestáis vuestra adhesión al excelso Libertador de Colombia la Grande y a sus enseñanzas de confraternidad y americanismo.

Hoy, en la mañana, depositasteis ante el monumento de Bolívar una significativa ofrenda floral con palabras de intensa emoción y con frases que enaltecen la memoria del héroe y la lealtad de nuestra patria para con él.

Mil gracias, Excmo. Señor. Habéis estrechado un lazo más entre vuestra noble patria y la nuestra.

También hace pocos días, el inteligente Embajador de Colombia, que nos acompaña en estos momentos, realizó en esta misma Sociedad, con acuerdo recíproco, otro acto que simboliza nuestra unión y las corrientes de simpatía que se aumentan a diario entre nuestras dos Repúblicas. Nos hizo la entrega, en bellas frases, de los diplomas que accredi-

tan a los miembros de esta Asociación como Socios Activos de la Bolivariana de Bogotá; y supimos corresponder en forma análoga a tan singular y delicada deferencia.

De otro lado, habéis expresado en los cortos días de vuestra visita a esta ciudad, ideas muy hermosas en vuestros discursos, que están en consonancia con la realidad de los hechos y con el espíritu de la nación. Dijisteis, anoche, entre otras frases dignas de ponderación, que las ciudades se caracterizan, se individualizan, por decirlo así, por sus condiciones especiales que les dan fisonomía propia y singular espíritu. Que unas son comerciales, especialmente, que otras se destacan por sus industrias, tal, por su magnificencia arquitectónica, y cual, por su fondo de espiritualidad e idealismo. Y tuvisteis la gentileza, que agradecemos debidamente, de situar nuestra Capital en esta última categoría.

Es verdad, Excmo. Señor, que nuestra querida Quito, sin descuidar sus afanes de mejoramiento material y de progreso moderno, se distingue por su espíritu de idealismo y de intelectualidad. Somos idealistas y amantes de las excelencias del espíritu, por sobre las de carácter material y positivista, por constitución moral y por herencia.

Heredamos en primer término nuestro idealismo, de la Madre Patria. Ella infundió en nuestra sangre el espíritu de intelectualidad, de caballeridad y de nobleza moral. Ella depositó esos gérmenes en las tierras que forman hoy nuestras nacionalidades, y nosotros los hemos recibido gustosos y los hemos hecho fructificar. El idealismo del Quijote se expande todavía en nuestra América hispana y se conservará en ella mientras haya descendientes de su sangre y de su espíritu.

Heredamos también el idealismo del Libertador, que con su alma extraordinaria, sus quijotescas ambiciones y su heroísmo español, creó naciones libres, llevó a cabo hazañas portentosas, albergó en su alma elevados ideales y difundió por doquiera preciosas concepciones y doctrinas.

Somos en verdad, Excmo. Señor, idealistas como España, idealistas como Bolívar.

Febrero de 1943.

En la inauguración solemne del
Museo Bolivariano.

DOS hechos importantes y de alta significación se realizan hoy en la Sociedad Bolivariana: la colocación en el Salón de Próceres del nuevo óleo del Gran Mariscal de Ayacucho, y la inauguración solemne del Museo Bolivariano.

Hace algunos meses colocamos en este mismo salón, ya histórico, el cuadro del Libertador, que ostenta magnífico marco importado de Francia; y hoy ponemos al frente el de Antonio José de Sucre, para que los dos excelsos libertadores presidan perpetuamente las sesiones de esta Sociedad e inspiren sus deliberaciones.

Fueron ellos dos personajes extraordinarios en la Independencia Americana; y, aunque diversos en su psicología, se compenetraron, se comprendieron, se amaron, y ascendieron juntos a la gloria.

Hubo genios en la historia universal que, como Julio César, Alejandro y Napoleón, han sido generalmente admirados, y cuyo heroísmo y talentos sorprendentes se han reconocido por las generaciones posteriores. Pero, aquí, en nuestros Andes, nacieron también hombres excelsos que, como Bolívar y Sucre, pueden acaso rivalizar con ellos y se han hecho también dignos de admiración por la excelstitud de sus ideales.

Y mientras aquellos dominaron sus propias tierras y avasallaron otras, prevalidos de su inmenso poderío e imbuidos de la ambición de conquista; éstos, al contrario, pusieron su genio y sus energías al servicio de la liberación de los pueblos y de su absoluta independencia.

* * *

En el hermoso discurso que acaba de pronunciar nuestro distinguido consocio Dn. Pedro Traversari, ha presentado la figura de Bolívar como la de un verdadero artista en todos los actos de su vida. Y tiene razón; ya que el Libertador fué en realidad artista de la palabra y de la acción en sus discursos, en sus proclamas, en sus cartas y hasta

en sus combates. Pareciera que Júpiter, Minerva, Apolo y Marte hubiesen sido sus inspiradores en las diversas circunstancias y actuaciones de su existencia. Díganlo la elocuencia de sus proclamas, el fuego de sus escritos, la inspiración en su «Delirio sobre el Chimborazo», y hasta su dirección en los campos de batalla.

Desde la cumbre del Coloso Andino abarcó con su mirada a todos los pueblos del Continente, consideró la esclavitud en que estaban sumidos, y, enardecido, bajó para continuar blandiendo su invencible espada en pro de la independencia de sus compatriotas, los americanos todos.

La inspiración le guiaba, el fervor le mantenía enhiesto, y con el más hondo desinterés personal, realizó prodigios estupendos. Dos altos fines se propuso: la libertad de América y su propia gloria; y uno y otro consiguió.

Su mejor teniente, Sucre, magnánimo, modesto, ecuánime y valeroso, fué el satélite que le acompañó y que giró siempre brillante al rededor de su Astro.

* * *

Hoy se inaugura el Museo Bolivariano; y a nombre de la Sociedad que represento, me es grato expresar mi más cálida gratitud y ferviente aplauso al digno Director del Museo, señor Traversari, por el dinamismo, inteligencia y constancia que ha puesto en acción para organizarlo debidamente y presentarlo en la forma que lo vais a ver.

Un Museo, como lo sabemos, es la prolongación de una o muchas vidas; la manifestación de un culto, religioso o patriótico, con las reliquias de una historia; y por eso, todas las naciones civilizadas procuran organizarlos en su seno, para ejemplo e ilustración de las generaciones presentes y futuras.

El nuestro, modesto todavía, pero no escaso de importancia, contiene las efigies del Libertador, en el lienzo, en el bronce y en el papel, en las diversas etapas de su vida y de sus actuaciones. Allí figuran también otros próceres y luchadores americanos: Washington, San Martín, Sucre, Martí, O' Higgins, O'Leary, Flores, Carrera, Córdova, Calderón, y cien más, que sería largo enumerar. Aparecen, asimismo, en la galería va-

rias heroínas americanas que, como Policarpa Salavarrieta, Manuela Sáenz y Manuela Cañizares, cooperaron con sus actividades a las luchas libertarias.

Haré mención especial de Simón Rodríguez, cuyo retrato poseemos también, y que fué el gran modelador del alma de Bolívar y contribuyó a retemplar su espíritu. En la inmortal Roma, en la cima del Monte Sacro pronunció el Libertador, como lo sabéis, en presencia de su Maestro y a la vista de la gran ciudad, aquellas memorables palabras de que no daría descanso a su brazo ni tregua a su inteligencia hasta libertar a América.

Imposible no haber visitado, en mi viaje a Europa, ese lugar consagrado por tan solemne juramento. Y al posar mis pies sobre el Aventino, en el sitio mismo en que se realizó ese hecho inolvidable, me parecía que escuchaba aún el eco de las palabras del Libertador y que veía su sombra, la que divagaba todavía por esa región inspirando la admiración más profunda y el aplauso universal. El Monte Sacro debe ser un lugar predilecto para los americanos, y me permito, lleno de fervor patriótico, recomendar a mis conciudadanos que lo visiten, si alguna vez se encaminan a Roma.

* * *

Hay también en nuestro Museo Bolivariano reliquias personales del Libertador: la casaca bordada de oro que usó en las grandes solemnidades, un fragmento de su cabellera, cartas y documentos autógrafos, de su pluma y letra, y documentos valiosos de sus actuaciones y de su historia. Allí tenemos, asimismo, medallas conmemorativas, monedas nacionales con su efigie y con la del Mariscal Sucre, diplomas, trofeos de guerra de la época de la Independencia, y otros objetos diversos.

Están representadas en el Museo todas las naciones de América y también algunas europeas que aman la libertad, por medio de sus lujosas banderas o estandartes. En ellas se resumen todas sus glorias y preeminencias: su cultura, su ciencia, su arte, su patriotismo y su espíritu nacional.

Los estandartes han sido donados generosamente por las respectivas naciones, ya de modo directo, ya por medio de sus dignos representantes en nuestra patria; y al recibirlos en sesiones solemnes, la Bolivariana ha hecho, en noble agradecimiento, el elogio amplio y merecido de cada una de ellas.

El Museo que abre hoy sus puertas al público para su conocimiento y estudio, está dividido en tres pequeñas salas: destinada la primera a los pabellones y trofeos; la segunda, a modo de Santuario del Libertador, a las prendas personales que íntimamente le pertenecieron y a variedad de sus retratos y efígies grabados en lienzo, en papel y en metales diversos; y la tercera, a la Pinacoteca o Galería de cuadros y retratos de próceres de América, de otros hombres ilustres que son figuras mundiales, de notables bolivarianos y de benefactores y más personas que se han destacado por su bolivarianismo o su pasión por la libertad.

Han cooperado para la formación del Museo, algunos Gobiernos nacionales, el Cuerpo Diplomático acreditado en nuestra capital, los admiradores de Bolívar y demás héroes de la emancipación americana, y los miembros de esta Sociedad que han contribuido, cual más, cual menos, pero con idéntico fervor y entusiasmo patrióticos.

La Bolivariana ha realizado, pues, aunque no en toda la plenitud de sus anhelos, sus primitivos ideales: levantar en esta ciudad el Monumento al Libertador; organizar esta Entidad que me honro en presidir; pu-

blicar periódicamente una gran Revista, órgano de la Institución; crear una Biblioteca de autores nacionales y americanos; adquirir la casa Bolivariana, y formar el Museo. Y continuará laborando con igual entusiasmo y decisión, hasta obtener todos los nobles fines que desde su organización se propusiera.

Declaro, así, solemnemente inaugurado, el día de hoy, el Museo Bolivariano.

Mayo de 1942.

En la condecoración al Excmo.
Sr. Arzobispo de Quito, Dr. Dn.
Carlos María de la Torre, con
la Medalla de la Sociedad Boli-
variana.

LA Sociedad Bolivariana del Ecuador re-
solvió manifestar, en sesión solemne, su
tributo de admiración y respeto a vos,
Excmo. Señor, y condecoraros con la medalla
Insignia de la Sociedad, como homenaje a
vuestro patriotismo y a vuestras especiales
virtudes y merecimientos.

Resolvió, al propio tiempo, designaros
uno de los Miembros Honorarios de la Cor-
poración.

Bien conocida es la trayectoria, lumino-
sa y brillante, que habéis trazado en vuestra
vida, hasta llegar a la cumbre en que ac-
tualmente os encontráis. Paso a paso habéis
recorrido el sendero del deber, prestando a
la Patria y a la Iglesia, con entusiasmo y

blicar periódicamente una gran Revista, órgano de la Institución; crear una Biblioteca de autores nacionales y americanos; adquirir la casa Bolivariana, y formar el Museo. Y continuará laborando con igual entusiasmo y decisión, hasta obtener todos los nobles fines que desde su organización se propusiera.

Declaro, así, solemnemente inaugurado, el día de hoy, el Museo Bolivariano.

Mayo de 1942.

En la condecoración al Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, Dr. Dn. Carlos María de la Torre, con la Medalla de la Sociedad Bolivariana.

LA Sociedad Bolivariana del Ecuador resolvió manifestar, en sesión solemne, su tributo de admiración y respeto a vos, Excmo. Señor, y condecoraros con la medalla Insignia de la Sociedad, como homenaje a vuestro patriotismo y a vuestras especiales virtudes y merecimientos.

Resolvió, al propio tiempo, designaros uno de los Miembros Honorarios de la Corporación.

Bien conocida es la trayectoria, luminosa y brillante, que habéis trazado en vuestra vida, hasta llegar a la cumbre en que actualmente os encontráis. Paso a paso habéis recorrido el sendero del deber, prestando a la Patria y a la Iglesia, con entusiasmo y

fervor admirables, los importantísimos servicios de que sois capaz.

Desde muy joven, lució vuestro talento, vuestra dedicación al estudio y vuestra conducta intachable, llegando a ocupar el primer puesto entre vuestros condiscípulos. Y allá, en la Ciudad Eterna, a donde fuisteis a prepararos eficientemente para la carrera sacerdotal, ocupasteis, en la Universidad Gregoriana, igual posición entre inúmeros estudiantes de nacionalidades diversas.

Vuelto a la patria, habéis consagrado todas vuestras aptitudes y la vasta ilustración adquirida en profundos estudios, a difundir el bien, aléccionar a vuestros compatriotas y conducirlos por los senderos de la moral, de la virtud y del patriotismo, ya con vuestra brillante pluma, ora con vuestra palabra elocuente, ya con vuestro noble ejemplo.

No habéis escatimado sacrificios ni desvelos para la consecución de tan noble ideal, y vuestro fervor no ha sufrido quebrantos para el cumplimiento de la sagrada misión a que habéis dedicado toda vuestra vida.

Y no me recelo de decíroslo en vuestra misma presencia, aun a riesgo de herir vues-

tra modestia, porque la ocasión así lo demanda.

Luminosa ha sido vuestra carrera sacerdotal, en la que ha ido desenvolviéndose vuestra personalidad ilustre en las diversas Sillas Episcopales que habéis ocupado en nuestra República, hasta culminar en la Sede Metropolitana, que hoy honráis con vuestras actitudes y merecimientos.

En la cátedra sagrada, en la tribuna pública, en las cartas pastorales a vuestros fieles, en el libro sapientísimo, en la alocución brillante, habéis dado a los ecuatorianos hondas lecciones de virtud, de patriotismo, de corrección en los procedimientos, abriéndole la profundidad de la doctrina con la hermosura de la frase y la diafanidad del estilo.

Y con ello, no sólo habéis hecho obra religiosa, sino también altamente patriótica. Ver de conducir a los hombres por el camino de la verdad y del bien; inculcarles las normas de sacrificio, de abnegación y de trabajo, para provecho propio y el de sus semejantes; mostrarles los abismos que deben sortear, las dificultades que han de procurar vencer; es obra patriótica tanto como reli-

giosa; y nada quizá puede hacerse mejor para ilustrar las mentes, dulcificar los corazones y ennoblecer las almas de los individuos y de los pueblos. No os han faltado, ni podían faltaros, contradicciones y amarguras en vuestro fructífero sendero. Pero así es la vida: mezcla de bien y mal, de triunfos y reveses, de alegrías y dolores, de infortunios y de glorias.

* * *

En la desgraciada emergencia internacional última se ostentó muy alto vuestro patriotismo. Apaciguasteis con vuestra voz las pasiones banderizas, enardecisteis los corazones e inflamasteis la voluntad de los ecuatorianos para que reinara en lo posible la armonía nacional mientras se dilucidara y resolviera el árduo problema limítrofe; y añadisteis que si las circunstancias lo demandaban, deberían los ciudadanos empuñar decididamente las armas, acudir al campo del honor y, si era preciso, "amojonar con cadáveres los linderos de la patria". Tales fueron vuestras palabras.

* * *

Ha considerado también la Bolivariana, en segundo lugar, vuestra generosidad para con ella, al haber donado, como lo hicisteis, para que se conservara en su museo, la preciosa Urna, que guardó, durante algunos años, las cenizas del inmortal vencedor en Pichincha, el gran Mariscal de Ayacucho. Tal donación no sólo tiene inmenso valor material, sino que encierra principalmente imponderable valor moral. Habéis manifestado con ella que conocéis y apreciáis debidamente a la Sociedad Bolivariana, y aquilatáis su infatigable trabajo en pro de la glorificación de Bolívar y de sus principales Tenientes, entre los cuales figura en primer término el invicto Sucre. Ella se ha propuesto no sólo esos nobilísimos y patrióticos fines, sino difundir por doquiera los ideales y doctrinas del Libertador; y habéis valorado la solvencia moral de la Entidad que me honro en presidir, como lo dijisteis textualmente en una de vuestras comunicaciones, que acaban de ser leídas en esta sesión solemne.

Acceptamos y apreciamos en cuanto vale vuestra actitud para con ella. En esa Urna sagrada tendremos siempre el recuerdo del

inmortal Cumanés, nuestro Libertador en Pichincha, Antonio José de Sucre; del sabio y patriota prelado, Excelentísimo González Suárez, y el vuestro, dignísimo Metropolitano de Quito.

* * *

Voy a colocar, a nombre de la Sociedad que sin merecimiento alguno represento, en vuestro sagrado pecho, la medalla insignia de la Corporación. Ella se honrará de posarse sobre vuestro corazón, que palpita de amor a la religión, de amor a la patria, de amor a vuestros conciudadanos, y, — como discípulo de Cristo—, de amor a la humanidad.

Así como también la Bolivariana se siente altamente honrada, contándoos, Excelentísimo Señor, entre sus Socios Honorarios más distinguidos y beneméritos.

Octubre 9 de 1942.

En la sesión especial en honor
de Francia.

LA Francia! Siempre ha sido la nación culta por excelencia, la cuna de varones excelsos en las ciencias, las artes, la literatura y la historia; la que ha ceñido su frente con laureles de gloria inmarcesible.

Ella, que encarna la más refinada cultura, es y ha sido el objeto de nuestras simpatías y de nuestra profunda admiración.

Al visitarla con emoción ferviente, recorrer sus bellísimas ciudades, observar sus monumentos, deleitarse espiritualmente en sus teatros y museos, sentir sus refinamientos exquisitos, y compenetrarse de su civilización y su progreso. . . . ; nó se puede menos de amarla con sinceridad, recordarla con fruición y conservar de ella inolvidables impresiones.

Sus sabios y sus artistas, sus escritores y sus poetas han atraído hacia ella, de todos los puntos cardinales, la pleitesía y el universal aplauso.

Su pasión por la libertad, motivo es de orgullo para todos los pueblos de su raza; y su intelectualidad es blasón imperecedero que brilla con caracteres indelebles en los anales de la historia. Por eso decía Lamartine que "cuando Dios quiere iluminar el mundo con una idea, la prende en el alma de un francés."

* * *

Para con esta ilustre nación, tiene la Sociedad Bolivariana motivos de predilección y gratitud.

El Gran Libertador Bolívar retempló en ella su espíritu y su amor a la libertad; y en su literatura y su historia se inspiró para su actuación brillante y heroica en pro de la independencia americana.

En sus libros sació su devoradora sed de saber, y en sus hijos halló el ejemplo a seguir para la consecución de sus ideales.

Además, tuvo la Francia un gesto admirable para con nuestra patria y para con esta Sociedad Bolivariana. Concebido y plasmado allí el artístico y significativo Monumento al Libertador para erigirlo en nuestra Capital, lo envió, con la espontaneidad y la gentileza más exquisitas, en un vapor especial de su armada de guerra, dando así una prueba más de su noble aprecio a nuestra patria y a la memoria de Bolívar.

Actos de esta condición, que envuelven suma delicadeza y confraternidad, no pueden ser olvidados jamás; y nos vemos obligados a reconocerlos cuando la ocasión lo demanda, por noble correspondencia.

* * *

Tan simpática nación se encuentra hoy, por desgracia, abatida, anonadada, vencida, ante el poder de la fuerza bruta; pero no por eso dejamos de admirarla y de ensalzar sus múltiples glorias pasadas. Antes bien, creo que nunca es más decente acompañar a una persona o a una nación amiga, que cuando sufre y padece horas de dolor.

Pero tengamos fe en que ella, tarde o temprano, resurgirá. La Francia de Napoleón

y de Victor Hugo, de Masillón y de Bossuet, de Chateaubriand y de Pasteur, de San Luis y de Juana de Arco, de Berthelot y Lavoisier, de Joffre y Foch, y de mil más, no puede morir. Ella renacerá un día, como el ave Fénix de la leyenda mitológica, de sus propias cenizas.

Julio 14 de 1943.

Al recibir, en sesión solemne,
la condecoración de la Sociedad
Bolivariana del Ecuador con su
Medalla Insignia.

ESTOY abrumado de gratitud, lleno de profundo reconocimiento para con todos y cada uno de mis compañeros de esta Corporación, por el significativo homenaje que acaban de rendirme.

¿Qué he hecho yo para merecerlo?....
Nada, absolutamente nada.

¿Que soy bolivariano de corazón?....
Es verdad. ¿Pero quién que conozca a Bolívar no admira intensamente su genio singular, su inmenso heroísmo, su talento extraordinario, su patriotismo sin límites, su corazón de oro y su facultad creadora incomparable?....
¿Qué espíritu patriota y americanista no ensalza fervoroso su pasión por la libertad, su palabra de fuego, su pluma cautivadora y brillante, su espada demoledora y creadora

a la vez, su dinamismo infatigable y su labor prodigiosa y perseverante por la independencia americana?....

Si todos vosotros tenéis como yo, queridos consocios, estos mismos sentimientos hacia el Libertador y procuráis también difundir por donde quiera sus enseñanzas y ejemplos y glorificar su nombre, ¿por qué solamente yo he de ser por ello condecorado?....

¿Que soy patriota de verdad?.... Es cierto. Amo a mi patria más que a todas las otras del Universo. He admirado y admiro aún a muchas de ellas por su refinada cultura, sus adelantos sorprendentes, su magnificencia cautivadora, su intelectualidad atrayente, su florecimiento artistico y su progreso deslumbrador. Mas, aunque mi patria es pequeña, (materialmente considerada), limitada en sus recursos y escasa en población; ocupa en mi pecho puesto preferente. En ella ví la primera luz; en ella he cultivado mi espíritu, he luchado, trabajado y desarrollado mi vida. Aquí nacieron mis ensueños, mis ilusiones y mis esperanzas. Ella fué la cuna de mis padres y de mis hijos, y a ella pertenecen también los demás seres a quienes amo y he amado intensamente. Pero vosotros abrigáis

también los mismos sentimientos y amáis a la patria como la amo yo, y trabajáis por ella como yo trabajo.

¿Cuál, pues, la razón para este público galardón que me otorgáis? . . . Tan sólo vuestra generosidad para conmigo, que la guardo en lo profundo de mi alma.

Si acaso esta distinción me hubiese llegado de afuera, habría juzgado que la Institución que así me honra, abriga la idea de condecorar a esta Sociedad Bolivariana y a todos y cada uno de los miembros que la componen; y que solamente prendía en mi pecho la preciosa medalla, por ser yo quien os represento actualmente a todos por vuestra benévola voluntad y vuestras deferencias para conmigo. Mil gracias, caballeros; conservaré esta presea y el diploma respectivo como uno de los más gratos que he recibido en mi vida.

* * *

Y para colmo de generosidad, me habéis ofrecido esta distinción en el día más grande para la memoria de Bolívar y por los labios y el espíritu de uno de nuestros más distin-

guidos consocios, el señor Vicepresidente, Dr. Dn. Luis Coloma Silva, que con sus frases efusivas y cariñosas y en términos tan honorosos para mí, que confieso ingenuamente no merecerlos, ha obligado hondamente mi gratitud.

Y he dicho que el día de hoy, 17 de diciembre, es el día clásico en memoria del Libertador, porque en esa fecha, como lo sabéis, se apagó la luz de sus ojos, pero se encendió fulgorosa y brillante para su gloria y su inmortalidad.

Murió Bolívar como mueren los genios: triste, solitario, abatido y desengañado. Pero a despecho de la honda tragedia de su muerte y de las circunstancias desconsoladoras que la acompañaron, tuvo Bolívar la enorme felicidad, la íntima satisfacción de haber conseguido, en vida y en ultratumba, los más grandes ideales de su existencia: la independencia de América y su propia gloria.

Sí, América es libre, a pesar de sus reveses e infortunios, y de las quiebras de su republicanismo y de su democracia. América es independiente, aun en medio de los vaivenes de la fortuna, de los avatares de la incomprensión, de los zarpazos de la codicia

y de las sorpresas de la historia. América es libre y seguirá siéndolo, porque así anhelan sus pueblos y porque ellos lucharán frenéticos por conservar siempre esa libertad que le dieron sus manes, sus próceres y sus héroes, y, en primer término, Washington y Bolívar.

* * *

Y alcanzó también el Libertador su propia gloria; ideal nobilísimo, elevado y propio de los espíritus superiores.

Allí están, embelleciendo las ciudades y sirviendo de ejemplo a las muchedumbres, los innúmeros pedestales que, artísticos y airosos, ostentan la figura del Libertador, labrada en mármoles y bronces que desafían las injurias del tiempo y proclaman, con decisivas voces, su genio y sus hazañas.

Allí está su efigie, reveladora de su talento y de su carácter, adornando los palacios de la administración pública, los tribunales de justicia, los museos más notables y las habitaciones de sus admiradores.

Allí están las sendas bibliotecas que contienen en infinidad de volúmenes su vida

guidos consocios, el señor Vicepresidente, Dr. Dn. Luis Coloma Silva, que con sus frases efusivas y cariñosas y en términos tan honorosos para mí, que confieso ingenuamente no merecerlos, ha obligado hondamente mi gratitud.

Y he dicho que el día de hoy, 17 de diciembre, es el día clásico en memoria del Libertador, porque en esa fecha, como lo sabéis, se apagó la luz de sus ojos, pero se encendió fulgorosa y brillante para su gloria y su inmortalidad.

Murió Bolívar como mueren los genios: triste, solitario, abatido y desengañado. Pero a despecho de la honda tragedia de su muerte y de las circunstancias desconsoladoras que la acompañaron, tuvo Bolívar la enorme felicidad, la íntima satisfacción de haber conseguido, en vida y en ultratumba, los más grandes ideales de su existencia: la independencia de América y su propia gloria.

Si, América es libre, a pesar de sus reveses e infortunios, y de las quiebras de su republicanismo y de su democracia. América es independiente, aun en medio de los vaivenes de la fortuna, de los avatares de la incomprensión, de los zarpazos de la codicia

y de las sorpresas de la historia. América es libre y seguirá siéndolo, porque así anhelan sus pueblos y porque ellos lucharán frenéticos por conservar siempre esa libertad que le dieron sus manes, sus próceres y sus héroes, y, en primer término, Washington y Bolívar.

* * *

Y alcanzó también el Libertador su propia gloria; ideal nobilísimo, elevado y propio de los espíritus superiores.

Allí están, embelleciendo las ciudades y sirviendo de ejemplo a las muchedumbres, los innúmeros pedestales que, artísticos y airosos, ostentan la figura del Libertador, labrada en mármoles y bronces que desafían las injurias del tiempo y proclaman, con decisivas voces, su genio y sus hazañas.

Allí está su efigie, reveladora de su talento y de su carácter, adornando los palacios de la administración pública, los tribunales de justicia, los museos más notables y las habitaciones de sus admiradores.

Allí están las sendas bibliotecas que contienen en infinidad de volúmenes su vida

múltiple y prodigiosa, su heroísmo genial, su magistral oratoria, las enseñanzas de su verbo y de su pluma, y sus diversas actitudes propias del hombre extraordinario.

Allí están los elogios, las biografías, los estudios históricos, y los épicos sonos de la lira, brotados del cerebro y del corazón de los pensadores más eminentes, de los más egregios escritores y de los esclarecidos poetas de nuestro Continente y de fuera de él.

Allí, las voces de admiración y de entusiasmo nacidas de los espíritus dilectos de todas las latitudes y distancias, voces que van resonando desde las cumbres de los Andes hasta los más remotos confines del globo. . . .

Y todo esto es la Gloria. . . . Y Gloria inmortal.

Diciembre 17 de 1942.

Ante el sarcófago de Sucre, en
el aniversario de su infausta
muerte.

AQUÍ estamos, benemérito Mariscal, a
rendirte nuestro tributo de profunda
admiración y eterna gratitud, en el
aniversario inmortal.

Aquí estamos a recordar, una vez más,
tus inclitas hazañas, tus gloriosos hechos en
pro de la Independencia de América y, de
modo especial, de la ecuatoriana.

Jamás olvidaremos nosotros, ni olvida-
rán las generaciones posteriores tu heroísmo
de guerrero, tus talentos de estadista, tus
sentimientos de americano ni tus glorias de
luchador, con que enalteciste tu vida y de-
jaste regueros de luz para el porvenir.

Jamás dejaremos tampoco de expresar,
de lo más profundo del alma, nuestra honda
indignación, nuestra eterna protesta por el

infame asesinato de que fuiste víctima. Las circunstancias todas que rodearon al horrendo atentado, agravan en grado máximo su criminalidad y avivan los sentimientos de intenso reproche contra los inicuos malhechores.

Cuando regresabas tranquilo al seno de tu hogar a gozar de merecido reposo después de tus incesantes luchas por la libertad, la aleve mano del asesino te sorprendió en la encrucijada de Berruecos, sanguinaria y feroz, oculta entre las sombras, para destrozarte tu noble corazón y privar a la América de uno de sus mejores y más desinteresados servidores.

Las ambiciones políticas desapoderadas y las exaltadas rivalidades, tramaron en las tinieblas de la noche el ominoso plan de eliminación de los más nobles guerreros con que contaba la causa de la Independencia, y se valieron de la encrucijada, de la traición y la perfidia para llevar a cabo sus proditorios fines.

Pero el recuerdo de tus virtudes y la admiración a tus talentos y bondades no morirá jamás en esta nuestra tierra, a la que legaste con tu espada triunfadora el mayor de los bienes a que podía aspirar.

Acabamos de escuchar, en estos solemnes instantes, las hermosas palabras de nuestro inteligente consocio, el Sr. Dn. Arturo Peña, en loor de tus merecimientos; y en ellas ha hecho recuento de la bondad de tu corazón, de la alteza de tu espíritu, de la nobleza de tu carácter y de tu pasión por la causa de la Independencia. Ha ponderado también, con frases candentes, la gravedad del crimen, tanto más injustificable cuanto que estuvo siempre tu nobleza lista a perdonar al vencido, a difundir el bien en tu alrededor, a prodigar afabilidad a tus compañeros y subalternos, y a ennoblecer en cuanto sea posible los horrores de la guerra.

Con razón, un eminente estadista y escritor ecuatoriano, después de analizar y ensalzar debidamente tus múltiples merecimientos y las excelsas cualidades de que estabas dotado, exclamó enardecido: "si hubiera nacido en Europa, acaso hubiera sido rey; pero como nació en América, le asesinaron...."

Junio 4 de 1942.

Al condecorar al Excmo. Señor
General Don Enrique Peñaranda
C., Presidente Constitucional
de la República de Bolivia.

Excmo. Señor Presidente:

VIVAMENTE complacida os presenta hoy su cordial y fervorosa salutación la Sociedad Bolivariana que me honro en presidir, como al más alto e ilustre representante de nuestra gloriosa hermana, la República de Bolivia.

Habéis venido, Excmo. Señor, a esta nuestra tierra, que debéis considerarla también vuestra, a darnos el estrecho abrazo de confraternidad; abrazo que tenemos la satisfacción de corresponder con el más efusivo de los afectos, ya que constituye un eslabón más de la cadena que debe unir estrechamente a las heroicas hijas de Bolívar, por íntima satisfacción propia, por mutua conveniencia, y en obediencia sincero y cabal

a las doctrinas y a los ideales de nuestro común Libertador.

El aislamiento internacional a fin de bastarse cada nación consigo misma, con prescindencia de las demás, pasó ya felizmente a la historia; y, de seguro, para no volver. Hoy, los pueblos procuran conocerse más intimamente en todos sus detalles, ensanchar la mutua comprensión, intercarse en forma recíproca por sus problemas, sus anhelos y sus realidades, y marchar unidos, en cuanto sea posible, a la conquista de su bienestar y su progreso. Especialmente, entre Naciones de igual origen, de idéntica raza, de la misma religión y de análogas costumbres, como son las nuestras, nada de lo que atañe a la prosperidad de una de ellas debería ser indiferente para sus hermanas, para lustre de su nombre y orgullo de su historia.

Y este es el caso actual, Excmo. Señor. Nuestros dos pueblos, nuestras dos naciones — Bolivia y el Ecuador — tienen en común múltiples factores que contribuyen poderosamente a que cada día afirmen más su confraternidad y unión. Nacimos juntos a la vida de libertad e independencia; un mismo Genio y una misma espada realizaron nuestra emancipación gloriosa; es igualmente

bella la estructura geográfica de nuestras cumbres y de nuestros valles; veneramos ardientemente y nos enorgullecemos de los mismos héroes; abrigamos idénticos ideales; nos hemos guardado, nos guardamos aún, y nos guardaremos siempre las más cordiales consideraciones; y hasta abrigamos en el fondo de nuestro espíritu análogas inquietudes patrióticas y no infundadas esperanzas.

Esta visita Vuestra, que la apreciamos en todo su valor y que agradecemos sinceramente, vinculará más nuestras relaciones, nos acercará y compenetrará mejor, y servirá de base para que los excelsos ideales de Bolívar — que unos y otros abrigamos — sean llevados a la práctica con la oportunidad y el fervor que ellos merecen.

Habréis podido observar, Excmo. Señor, con vuestra fina penetración, que el gran Mariscal de Ayacucho, nuestro libertador en Pichincha, y vuestro Primer Presidente, recibe aquí, sin sombras ni desmayos y en forma perenne y calurosa, la pleitesía, la admiración y el amor de todos los ecuatorianos, y que se le tributa culto ferviente en cada uno de nuestros corazones. Aquí guardamos sus cenizas con el más férvido entusiasmo; aquí veneramos y ensalzamos su nombre con el

más cálido de los afectos, y su gloriosa memoria es para nosotros inmortal.

Tal sucede igualmente entre vosotros, los bolivianos, Excmo. Señor. Vuestro Primer Presidente, vuestro estadista incomparable, que supo guiar a vuestro pueblo en la primera etapa de su vida independiente con talento, sabiduría, serenidad y absoluta honradez, recibe también perpetuamente el homenaje de vuestros corazones.

Y hasta por este aspecto, hay un punto más de contacto entre nuestras patrias; ya que ambas son las vestales que mantienen encendido el fuego de la admiración y de la gratitud ante el altar del mismo Héroe extraordinario.

* * *

Debo terminar ya; y lo hago reiterándoos nuestra viva complacencia por vuestra valiosa visita, agradeciéndoos efusivamente por ella, y manifestándoos que esta Sociedad Bolivariana se enorgullece de haberos designado como uno de los más ilustres Socios de Honor de la Institución, y de otorgaros, a la vez, la Medalla Insignia de la Sociedad, pa-

ra que os dignéis llevarla en vuestro pecho como homenaje al ínclito Libertador de un mundo, como genuino representante que sois de la Nación Bolivariana que fué el Benjamín de su cerebro creador, y como recuerdo de esta Corporación y de los ecuatorianos todos, que os hemos recibido con los afectos y la cordialidad de hermanos.

Junio de 1943.

En la recepción de la bandera de la Gran Bretaña, obsequiada a la Bolivariana por el Excmo. Señor Ministro Plenipotenciario de Inglaterra en el Ecuador.

RECIBO con viva emoción y con profundo agradecimiento, a nombre de la Sociedad que me honro en representar, la bandera de la Gran Nación Británica, que se ha dignado obsequiar para la Casa del Libertador de América, Simón Bolívar, el dignísimo Ministro Plenipotenciario de la Nación Inglesa.

Viene ella a tener puesto de honor entre los emblemas de las naciones americanas, y de algunas europeas que rinden pleitesía a la Libertad, y que forman aquí guardia gloriosa al excelso e incomparable Genio Americano.

Esta bandera, que representa a una de las Entidades más poderosas y civilizadas del mundo: la gigantesca Albión, ha paseado

victoriosa por todos los Continentes, y ha ondeado gallarda, acariciada por las brisas oceánicas, en todos los mares del Planeta.

Ella representa al país amante, por excelencia, de todas las libertades humanas: la de pensamiento, la de palabra, la de religión, la de prensa y la de la acción bienhechora y fecunda. En Inglaterra, no sólo están ellas reconocidas y garantizadas en la Constitución y en las leyes, no solamente se las sostiene en los Parlamentos y las Magistraturas, sino que se las lleva efectivamente a la práctica, dentro del orden y del bienestar de los asociados.

Esta bandera sintetiza todas las glorias de Inglaterra:

sus estadistas: Cronwell, Pitt, Gladstone, Disraeli, Canning, Churchill. . . ;

sus poetas excelsos: Sakespeare, Milton, Lord Byron. . . ;

sus sabios ilustres: Newton, Herschell, Darwin. . . ;

sus héroes epopéyicos: Ricardo Corazón de León, Nelson, Wellington. . . ;

sus soberanos: los Jacobos y los Enriques, los Eduardos y los Jorges, las Isabeles y las Victorias. . . ;

sus Lores y sus Pares, sus diplomáticos y sus ejércitos, sus industriales y sus obreros...; en suma: el alma nacional.

* * *

Tuve la íntima satisfacción, hace algunos años, de visitar esa Gran Nación, de recorrer algunas de sus ciudades, y de admirar, especialmente, su majestuosa y opulenta Capital: Londres. En ella se destacan: el Parlamento, magno y señorial edificio, verdadera filigrana en piedra, hierro y mármol; la Abadía de Wensminster, soberbio templo ojival, donde han sido coronados, desde antaño, los reyes de Inglaterra, y en donde reposan en artísticos catafalcos, sus más grandes hombres en la política, en las letras, en las artes, en la administración y en la ciencia; la Catedral de San Pablo, de estilo romano, imponente y magnífica, la única que podría acaso rivalizar con la famosa San Pedro de Roma; los palacios de Buckingham y Saint-James, de lujo excepcional, en los cuales se recibe a los visitantes con proverbial cortesía; los Museos Victoria y Alberto y el de Historia Natural; y, en fin, sus bancos y sus teatros, sus avenidas, monumentos y parques...; todo lo que caracteriza a la

Gran Metrópoli y la hace figurar como una de las ciudades más ricas y primorosas del mundo.

Pues bien; también ella está representada en su bandera, porque ésta encarna a la patria en su totalidad: en lo moral y en lo intelectual, en lo cultural y en lo material, en su potencialidad y en su historia.

Grande honor, pues, para la Bolivariana el recibirla en su seno y conservarla en él, en sitio prominente, como recuerdo de la gloriosa Nación Británica y de su digno Representante en nuestra patria, y como emblema de la cordial amistad entre Inglaterra y el Ecuador.

* * *

Hay un motivo más de satisfacción para nosotros en el significativo acto que hoy se está realizando; y es la participación eficaz y decidida que la Gran Bretaña tomó en nuestras luchas por la Independencia.

Desde que Miranda y Bolívar expusieron sus ideales en Londres a los comprensivos Ministros de esa Ilustre Nación, ella, amante también de la libertad y del progreso, cooperó, en diversas formas, para nuestra emancipación política, contribuyendo con dinero,

armas, equipos, naves, y, principalmente, con sus valerosos combatientes. Ingleses lucharon en Boyacá, en Carabobo, en Junín, en Ayacucho, y, más aún, en Pichincha bajo las órdenes del invicto Mariscal Sucre, en donde el Albión prestó los más eficientes servicios y cooperó denodadamente a la victoria.

O'Leary, el inolvidable O'Leary, acompañó al Libertador en la gesta emancipadora, y consignó en páginas inmortales los hechos y documentos que han servido de base para la historia de esas epopéyicas jornadas.

* * *

Y si bien Inglaterra es monárquica según su constitución política, es en su espíritu netamente democrática, ya que defiende, acata y respeta todas las garantías individuales y sociales y los derechos políticos de su pueblo.

En la actualidad, lucha valerosamente y con admirable tenacidad, en unión de los Estados Unidos de América y de las demás naciones aliadas, por los nobilísimos ideales de Libertad, Democracia e Independencia, que abrigamos también nosotros, y por cuyo triunfo definitivo formulamos los votos más fervientes.

Acompañamos a Inglaterra y a la Gran República del Norte en su oposición al totalitarismo, que sostiene la doctrina de que el Estado es todo y el individuo es nada o nadie, para de esta manera desconocer, como desconoce, sus más fundamentales derechos y su dignidad.

No, señores. No fué creado el individuo para el Estado, sino, al contrario, el Estado para el bien de los individuos. El individuo es la primera célula social, sigue la familia, vino después el Municipio, y más tarde el Estado. Este se creó para definir el derecho, afianzar su realización y garantizar a los individuos, a las familias y a los pueblos. El totalitarismo quiere invertir el orden de la historia, y pretende que el Estado absorba todas las prerrogativas humanas, conferidas al hombre por la misma naturaleza.

Para terminar, reitero, Excelentísimo Sr. Ministro, mis más cordiales agradecimientos por la significativa y valiosa ofrenda que os habéis dignado hacérsosla hoy, la que ocupará en esta casa Bolivariana el puesto de honor que la corresponde junto a la excelsa efigie del Libertador Bolívar.

Febrero 3 de 1944.

En la condecoración solemne,
en el Salón de Próceres de la
Bolivariana, al Excmo. Señor
Gral. Don Isaías Medina Anga-
rita, Presidente Constitucional
de la República de Venezuela.

Excelentísimo Señor:

REBOSANTE de fervor y de cordialidad os recibe hoy en su seno la Sociedad Bolivariana del Ecuador, que abriga para con Venezuela y sus dignos representantes una predilección especial.

No por mera cortesía protocolaria, sino como expresión sincera de la más íntima convicción, os aseguro, Excelentísimo Señor, que habéis venido hoy a vuestra casa; ya que ésta es casa del Libertador, y es vuestro todo sitio, todo lugar en donde se rinda pleito homenaje y donde se ensalcen a diario sus heroicas hazañas, sus geniales concepciones y su incomparable espíritu.

Aquí, en este modesto pero ya consagrado templo, se venera su prócera figura; y desde aquí, como de foco inextinguible de luz, irradian por las lenguas y las plumas de sus innúmeros admiradores hacia todos los ámbitos del Continente, las magistrales enseñanzas de su benéfica doctrina de confraternidad y americanismo.

En el Ecuador se le ha rendido siempre, como lo podéis observar con vuestra escrutadora mirada, los más férvidos homenajes, y se le rendirán por nuestros sucesores, mientras aliente el espíritu ecuatoriano la pasión por el Libertador, y mientras proclame sus glorias, con su elocuencia arrobadora y muenda, el excelso Chimborazo.

Cerebros y corazones, plumas y lirás, granitos y bronces, armonías y pinceles, ciudades y territorios, se afanan a porfía por ensalzar, cada cual con su poder atrayente y fascinador, al inmortal Bolívar; y las trompetas de la Fama, fatigadas quizá, no cesan, ni cesarán jamás, de abrillantar y enaltecer su nombre.

Hay en la historia de la humanidad, y en especial en la de los genios superiores, la triste realidad de que entre los pedestales

sobre los cuales descansa su grandeza, está el pedestal siniestro de la Ingratitud. Pero éste, Excelentísimo Señor, es el único que no se ha levantado en mi patria, ni se lo levantará jamás.

También en vuestra noble nación, la ilustre Venezuela — hermana dilecta de la nuestra —, se le tributa profunda y permanente veneración. También compartís con nosotros del calor y la sinceridad de este grandioso culto. Allí, en la prócera Caracas, le erigisteis magnífico templo, en donde reposan, como en regia mansión, sus venerandas cenizas; y allá acuden, con devoción y rendimiento, Autoridades y pueblo, Magistrados y Legisladores, Educadores y educandos, Escritores y Artistas, Militares y Obreros, el alma toda venezolana, a retemplar sus energías para las luchas por la Patria, a recordar su glorioso pasado, y a inundarse en los piélagos de luz de las doctrinas bolivarianas, que, practicadas con lealtad y comprensión, pueden llevar a la América al apogeo de su prosperidad y su grandeza.

Allí estuve también, años ha, en día inolvidable. Y al tener ante mis ojos los sagrados restos del Libertador de un Mundo, se conmovió profundamente mi espíritu, bro-

taron de mis labios patrióticas plegarias, y me parecía que la sombra de Bolívar vagaba en esos momentos por entre las bóvedas del suntuoso templo; que platicaba con sus compañeros en las épicas luchas libertarias, compañeros que lo fueron también en infortunios y glorias; que hablaba, en voz silente y apenas perceptible, con Miranda, con Ricaurte, con Páez y demás héroes que duermen allí el sueño eterno; y que nos comunicaba a los circunstantes su profunda emoción patriótica, una ráfaga de su ingenio creador, una fibra de su actividad portentosa y un hábito de vida para las vigorosas luchas del porvenir.

* * *

En la última efemérides gloriosa que celebró vuestra patria con pompa inusitada, elevasteis al máximo vuestro fervor y patriotismo por magnificar al Héroe; y realizasteis, en magistral discurso, uno de los episodios más brillantes de esa conmemoración centenaria, discurso que lo leímos complacidos en este mismo lugar, con verdadera delectación espiritual. No resisto al deseo de hacer saborear a la distinguida concurrencia que nos honra en esta sesión, algunas siquiera de

vuestras bellas frases: "Hemos llevado, — dijisteis — la espada de Bolívar en simbólica procesión, para tributarle la oblación del afecto y la gratitud inmortales a ese noble pedazo de acero que está iluminado del contacto de su mano. Hemos llevado su espada ocupando el lugar de sus restos en la procesión centenaria y lo hemos hecho con el ritual y el propósito de destacar un ideal afirmativo. En lugar del humano despojo traemos el instrumento poderoso de la acción, la alegórica espada Bolivariana, que armó el brazo, que ejecutó el pensamiento americano para transformar en realidad, a golpes de tenacidad heroica, los altos ideales colectivos que no habían todavía tenido la virtud de convertirse en hechos vivos. Hemos rendido homenaje a un instrumento de la acción más grandiosa que recogen nuestros anales, que es la acción por medio de la cual la América tomó en sus manos su propio destino y empezó a trazar su árduo camino por la historia."

* * *

También el gran Mariscal de Ayacucho, el invicto Antonio José de Sucre, recibe aquí, Excelentísimo Señor, la permanente ofrenda de nuestros corazones.

En esta montaña majestuosa, que es como el atalaya de la noble y heroica Quito, en el soberbio Pichincha, se meció, como lo sabéis, la cuna de nuestra Independencia a los fulgores del cerebro y de la espada del excelso Mariscal.

Aquí tiene también su tumba veneranda, donde reposan a perpetuidad sus sagradas cenizas. Está ella incrustada en el corazón mismo de la Capital, a pocos pasos del Monumento de los Próceres de Quito, que lo son también de América, y cuyas efigies decoran este salón de la Bolivariana. Y se halla el sarcófago al pie de la gran mole de los Andes, que, como dijo Olmedo, jamás se moverán de sus incommovibles cimientos y serán heraldos eternos que proclamarán a las generaciones venideras las glorias y triunfos de nuestros Libertadores.

Bolívar y Sucre son para nosotros lo que son para vosotros, Excelentísimo Señor. Y nos enorgullecemos por igual de que tales hombres hayan nacido en América, en nuestra América, y con más circunscripción, en nuestra Gran Colombia; pues ésta, si no políticamente, sigue existiendo aún y continuará siempre una en el fondo de nuestros espíritus.

Y al referirnos a estos seres extraordinarios, permitidme que recuerde hoy unas cortas frases que, acerca de ellos, expresé, poco tiempo ha, en este mismo lugar:

“Bolívar y Sucre, con ser tan diferentes en muchas de sus cualidades y a pesar de estar dotados de diverso temperamento, se comprendieron muy bien y fué el uno complemento del otro en las actividades y proezas de la gesta libertaria de América.”

“Bolívar era el volcán hirviente que derrama su candente lava por entre los riscos y las peñas; Sucre, el suave calor del valle que hace germinar las plantas y las flores a su alrededor. Bolívar, la catarata horrenda que se precipita desde la altura para inundar con sus aguas las florestas y los prados; Sucre, el arroyuelo tranquilo y manso que besa apaciblemente y arrulla con suavidad a las plantas de la orilla. Bolívar, el huracán tempestuoso que destroza los cedros y los robles majestuosos de la selva; Sucre, la brisa acariciadora que mece levemente las espigas y corolas, haciéndolas exhalar su perfume. Bolívar fué el torrente incontenible de hechos epopéyicos; Sucre, el manantial apacible que se desliza suavemente por las márgenes de la magnanimidad y el heroísmo. Bolívar era

el genio arrollador y extraordinario; Sucre, el espíritu moderador y tranquilo."

* * *

A la noble Nación Venezolana, a esa tierra de titanes y emporio de héroes, cuna de ilustres pensadores, de sabios, de artistas y poetas, que avanza de frente y con paso firme por los caminos de la civilización y del progreso, representáis dignamente; Excelentísimo Señor; y de ella nos traéis el saludo fraterno, que nos honramos en corresponder con la más sincera de las cordialidades y el más cálido de los afectos. Empeñados estáis vosotros, de tiempo atrás, como está el Ecuador y debe estarlo también todo el Continente de Colón, en llevar a la práctica la salvadora doctrina bolivariana de confraternidad y unión entre los pueblos americanos, para orillar y resolver los problemas propios y para hacer frente a los peligros que les amagan y que pudieran agravarse en lo porvenir.

Sois uno de los más ilustres portavoceiros de esta cruzada patriótica, y por ello merecéis bien de vuestro pueblo y de la América.

Así lo manifestasteis, en términos concisos y elocuentes, en vuestro último mensaje

al Congreso Nacional venezolano: "En las relaciones internacionales — dijisteis — mi Gobierno ha continuado la política de cooperación y solidaridad Continental que ha sido siempre norma de nuestro país. Esta línea de conducta, proclamada en días lejanos por el Libertador y los demás fundadores de nuestra nacionalidad, ha sido adoptada por las naciones de este hemisferio y es hoy factor fundamental en la vida de nuestros pueblos. Consecuente con esa política, el Gobierno que tengo el honor de presidir ha ratificado sin vacilaciones su criterio y ha definido claramente su actitud ante los trágicos sucesos que se han venido desarrollando. Venezuela, en cumplimiento de sus compromisos internacionales, está y estará en las horas conflictivas, al lado de sus hermanas del Continente."

Necesitamos, pues, en verdad, una cooperación mutua, una preocupación recíproca por los problemas comunes y por los particulares de cada pueblo, a fin de apartar los escollos que existen para que esa cooperación y unión continentales puedan realizarse con efectividad.

Vuestro profundo bolivarianismo, afianzado con estas nobles visitas a vuestras her-

manas en afecto, inquietudes y glorias, ha sido aquilatado en cuanto vale y significa por esta Sociedad Bolivariana que me honro en presidir; y por ello, y especialmente por vuestros altos merecimientos personales, os confiere la Condecoración con la Medalla insignia de la Sociedad, junto con la designación de Presidente de Honor de la misma, con lo cual es ella — esta Entidad Bolivariana — quien se siente sobremanera honrada, por cuanto constituís vos una de las más ilustres personalidades entre nuestros socios beneméritos.

La insignia que, con la satisfacción más íntima, voy a colocar sobre vuestro pecho y que lleva la efigie del Libertador, es el emblema externo y simbólico de la misma efigie que lleváis, como Magistrado y como patriota, en el fondo de vuestro corazón; y ella os recordará siempre del alto aprecio y singular admiración que os profesan esta Sociedad y los ecuatorianos todos, en quienes dejáis recuerdos que ni el tiempo, con su poder destructor, podrá borrarlos jamás.

Julio 24 de 1943.

Del magnífico discurso de contestación del Excmo. Señor General Medina Angarita, se reproducen siquiera estas frases:

Señor Presidente de la Sociedad Bolivariana:

“En esta gratísima peregrinación bolivariana que vengo haciendo, donde cada alto está marcado por una honda emoción y cada objeto y cada nombre por un recuerdo de gloria, llego a esta casa con especial sentimiento.”

“A esta ilustre «Sociedad Bolivariana del Ecuador», le corresponde la honra indisputada de haber iniciado el gran movimiento que hoy se desarrolla con tanto esplendor en el seno de las agrupaciones gemelas de las otras Repúblicas.”

“Habéis hecho una contribución capital a la gloria de Bolívar. La gloria del Libertador es la síntesis fulgurante de la independencia, de la grandeza y de la libertad en la conciencia americana.”

“En este regreso a la vida y a la acción de la doctrina y de la conciencia bolivaria-

En la sesión especial dedicada a honrar al excelso vate y prócer ecuatoriano, Don José Joaquín de Olmedo.

RESOLVIÓ la Sociedad Bolivariana, en sesiones anteriores, rendir homenaje, uno a uno, a todos los Próceres ecuatorianos cuyos retratos honran este Salón de la Sociedad.

Dos finalidades, nobles y patrióticas, tiene esta pleitesía que se va a rendir a todos ellos sucesivamente: honrar sus nombres y su memoria, haciendo recuento de su patriótica actuación en pro de la Independencia nacional y ensalzando sus merecimientos y dotes personales; y estudiar, con este motivo, más hondamente una de las etapas más interesantes de nuestra historia, la que se refiere a la sugestiva y gloriosa gesta de nuestra emancipación política. Ella traerá como consecuencia el afianzamiento de nuestro fervor cívico y del sentimiento nacional.

* * *

Heimos comenzado por el eminente Prócer guayaquileño e insigne Cantor de Bolívar, don José Joaquín de Olmedo, personaje ilustre, positiva gloria nacional y aún americana.

Nuestro inteligente consocio, el señor don Wilson Vela, designado para hacer hoy el elogio del Prócer en esta sesión especial, ha cumplido brillantemente su cometido.

Comenzó su discurso con un amplio resumen de la época de la Independencia en todas las Repúblicas Americanas, y ha hecho el recuento de los principales precursores y actores del nobilísimo drama continental, desde Méjico hasta la Argentina. No es menester que yo repita los nombres de cada uno de ellos, a los cuales ha hecho mención en su discurso, añadiendo, al propio tiempo, frases laudatorias y reflexiones patrióticas y acertadas.

Ha estudiado con la detención posible en un acto como el actual, la personalidad del ilustre Prócer que tan destacada actuación tuvo en la independencia de Guayaquil, y los talentos de que estuvo adornado el

insigne vate, cantor de nuestras glorias nacionales.

También el señor Juan Ignacio Molina ha ensalzado, en términos apropiados y sinceros, la valía de Olmedo como educador de juventudes, poniendo de relieve varios trozos de sus obras, que encierran enseñanzas profundas y saludables para la educación de las generaciones que se levantan.

Para uno y otro de nuestros consocios, presento, a nombre de la Sociedad, mis aplausos y agradecimientos.

* * *

Añadiré pocas frases, a las magnificas expresadas ya por los señores indicados, refiriéndome a Olmedo como excelso Cantor del Libertador Bolivar, que es la faz saliente para la admiración de esta Sociedad.

Olmedo como poeta y como trovador de nuestras glorias en su Canto a Junín, está colocado en la cumbre de la poesia americana.

Son incontables los poetas y literatos del Continente que con su lira y con su pluma

han ensalzado a Bolívar, su genio extraordinario, sus hazañas epopéyicas y sus virtudes patrióticas excepcionales; pero ninguno ha superado a Olmedo, hasta hoy. Así lo han manifestado todos los críticos europeos y americanos que han estudiado su obra literaria y la han elogiado con epítetos especiales y con profundo sentimiento de admiración.

El insigne literato y crítico español, don Marcelino Menéndez y Pelayo, al referirse a Olmedo en su *Antología de poetas hispano americanos*, le coloca a enorme altura por su *Canto a Junín*, por su *Oda a Miñarica* y por otras composiciones notables de su inspiración poética.

Don Juan León Mera, eminente maestro en las letras nacionales, dice que "Olmedo con su canto a Bolívar y su canto al General Flores se colocó a la cabeza de los poetas americanos y aseguró su inmortalidad."

Y Cañete, y Miguel Antonio Caro, y Remigio Crespo Toral, y cien más, han rendido pleitesía al egregio vate ecuatoriano.

Don Miguel Antonio Caro — por mil títulos ilustre —, consagró también una espléndida Oda al Libertador Bolívar, ante la magnífica escultura de Tenerani que se os-

tenta en Bogotá. Pero si bien esa composición es admirable y quizá más académica que la de Olmedo, no tiene el fuego de la inspiración, ni el inimitable estro poético, ni los arrebatos líricos del vate ecuatoriano, que continúa ocupando el primer puesto entre los Cantores de Bolívar.

No han faltado críticos, y no vulgares, que han encontrado deficiencias, prosaísmos y defectos en la obra de Olmedo a que me estoy refiriendo; pero, a más de que no hay obra humana que pueda considerarse perfecta, algunos de esos reparos no tienen fundamento sólido.

Si en verdad en la obra en cuestión hay estrofas prosaicas y versos defectuosos; dada su extensión, merecen indulgencia esas pequeñas faltas.

Los hermanos Amunátegui, escritores chilenos, criticaron acerbamente la aparición del Inca Guayna Cápac en el poema de Olmedo, considerándola inoportuna, inadecuada y extraña al asunto de su Canto. Empero, a juicio de críticos autorizados, esa ficción literaria, esa máquina poética — como la llamaban los antiguos —, esa aparición del Inca en los campos de Junín al fulgurar el triunfo de Bolívar, es admirable y genial.

Guayna Cápac se presenta entonces, según la concepción del poeta, para aplaudir, ensalzar y agradecer a Bolívar por su obra, y para condenar en su presencia los horrores y atropellos realizados contra su gente en la época de la conquista; y le encomia a Bolívar como a hijo predilecto, amigo y vengador del Inca, refiriéndose a Atahualpa.

Además, Guayna Cápac profetiza en el campo de Junín que vendrá otra hazaña posterior: la de Ayacucho, que puso término a la dominación española en América; y de ese modo, enlazando los dos triunfos últimos de la epopeya heroica, da lugar a que el poeta glorifique, en el mismo canto, a Bolívar y sus tenientes, y también a Sucre y sus compañeros, completando así el poema triunfal de la emancipación americana.

* * *

Antes de terminar, recordemos algo muy interesante respecto del poema inmortal de Olmedo: las espléndidas cartas cruzadas entre él y Bolívar acerca de esta composición.

Conocedor Bolívar del talento y la inspiración de Olmedo, manifestados en sus

obras anteriores, le insinúa delicadamente que cante los triunfos de la emancipación americana, y, modesto, al propio tiempo, le pide que se refiera a los hechos sin mentar su nombre. Olmedo le contesta que algún tiempo ha revuelto en su mente este pensamiento, el de cantar las glorias de la Independencia, y que aun tiene trazado el plan, en su concepto, grandioso, aunque difícil de realizarlo. Y añade, que en cuanto a su prohibición de no mentar su nombre en el poema, no accederá a ello. Las musas — le dice — son unas mozas voluntariosas, desobedientes, rebeldes, (como buenas hembras) y no le darán gusto a usted ahora, por más que usted quiera dictarles sus leyes. Si a usted no le gusta que le alaben, ¿por qué no ha estado usted durmiendo durante largos años? Y continúa: "me atrevo a hacer a usted una intimación tremenda: y es que si me llega el momento de la inspiración y puedo llenar el magnífico y atrevido plan que he concebido, los dos, los dos hemos de estar juntos en la inmortalidad."

Y así ha sucedido realmente: Bolívar y Olmedo han brillado juntos ante la posteridad: quien habla de Olmedo, recuerda inmediatamente a Bolívar, su héroe; y quien ha-

bla de Bolívar, recuerda a Olmedo, su más
excelso cantor.

* * *

Un momento más, y permitidme que
ceda al deseo de recordar siquiera unos dos
brozos admirables del Canto a Junín:

“¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discordes són. ¿Quién me liberta
del Dios que me fatiga....?
Siento unas veces la rebelde Musa,
Cual bacante en furor, vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
O sola por las selvas silenciosas
O las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes: y de allí desciende
Al campo de Junín; y ardiendo en ira
Los numerosos escuadrones mira
Que el odiado pendón de España arbolan;
Y en cristado morrión y peto armada,
Cual amazona fiera,
Se mezcla entre las filas la primera
de todos los guerreros,
Y a combatir con ellos se adelanta,
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.”

Esto es espléndido, es pindárico y genial.

Más adelante se dirige al sol, —el Dios
de los Incas—, en esta bellísima forma:

"Fecunda, oh sol, tu tierra,
Y los males repara de la guerra.
Da a nuestros campos frutos abundosos
Aunque niegues el brillo a los metales,
Da naves a los puertos,
Pueblos a los desiertos,
A las armas victoria,
Alas al genio y a las Musas gloria."

Loor, en esta Sociedad Bolivariana, al más excelso de los vates americanos, al más insigne de los cantores de Bolívar.

Febrero 29 de 1944.

En la sesión solemne de la Bolivariana, celebrada en el aniversario de la muerte del Libertador, el 17 de Diciembre de 1943.

AÑO de intensas y variadas impresiones el de mil novecientos cuarenta y tres para esta Sociedad Bolivariana.

En él se han desarrollado actos de altísima importancia, de enorme trascendencia para la gloria del Libertador, para la difusión de sus ideales y para la realización de sus doctrinas; especialmente, la unión más estrecha entre la mayor parte de las naciones americanas y, de manera más eficaz, entre las que formaron la Gran Colombia y que continúan formándola en el fondo de los pueblos que la componen.

Hemos recibido la valiosa visita de personajes de alta significación política y literaria, que nos han traído el saludo cordial de las naciones representadas por ellos y a quie-

nes hemos correspondido con el afecto y las consideraciones que se merecen.

A raíz de la visita del eminente hombre público y escritor, doctor Parra Pérez, Canciller de Venezuela, que nos dejó la impresión de un hombre notable en las letras, en la cultura y en la administración pública de la nación hermana, vino a nuestra patria el señor Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, señor doctor don Francisco Chaux, que en época anterior había representado ya con lucimiento a la suya ante nuestro Gobierno, y quien, al contestar a las manifestaciones que mercedamente le hicieramos, tuvo frases de hondo significado para nosotros, ya que afirmó que, en su concepto, nuestra Capital, Quito, se especializaba como ciudad intelectual e idealista. Uno y otro ilustre Canciller, fueron honrados por esta Sociedad con los homenajes respectivos.

A poco, visitó nuestra República el distinguido intelectual uruguayo, doctor Fabregat, que con su enorme talento y su arrebatadora elocuencia, electrizó a las multitudes. Tuvo para el Ecuador frases, actitudes y afirmaciones, que no podemos olvidarlas jamás. Expresó, en diversas ocasiones, ante públicos selectos y en alocuciones vibrantes, que había

recorrido personalmente la región del Amazonas y de varios de sus afluentes, que ha estudiado profundamente la historia de esas privilegiadas regiones, y que podía afirmar, a voz en cuello, que era el Ecuador quien descubrió el famoso río, igualmente que el Napo, uno de sus afluentes principales. Que él, con Orellana y Pizarro a la cabeza, realizó esa magna empresa con sus hombres, sus recursos, sus sacrificios y sus enormes esfuerzos; y que, por tal razón, no se excusaba de proclamar por donde quiera el derecho que, en justicia, asiste al Ecuador sobre aquellos grandes ríos y las zonas correspondientes. Que conocía también sus trabajos posteriores de colonización, afianzados con la labor de las misiones religiosas, y que, a donde quiera que vaya, manifestará la razón que tenemos al defender nuestro derecho territorial amazónico. Bien se comprende el entusiasmo que despertaran en los ecuatorianos estas afirmaciones, fundadas en la historia y en hechos gloriosos e indiscutibles, lanzadas por un intelectual extranjero, ilustrado, recto e imparcial, que proclamaba la justicia de nuestro derecho.

Poco después, fué honrada nuestra nación por el Excelentísimo señor Henry A. Wallace, Vicepresidente de los Estados Uni-

dos de América, personaje de gran significación, que vino a nuestra patria trayéndonos la salutación y las consideraciones de la gran República del Norte. La Bolivariana, apreciando la valía del personaje y su sincero bolivarianismo expresado en varios de sus discursos, y, en especial, en el que pronunciara días antes en Panamá, le confirió también su medalla - insignia; y tuvo ella — la Sociedad — la satisfacción íntima de escuchar de labios del Excelentísimo señor Wallace, que se complacía en aplaudir sinceramente la labor americanista y meritoria de esta Sociedad, y que los ideales de su Gran Patria coinciden completamente con los de la nuestra; conceptos que dejó afirmados en comunicaciones dirigidas al ausentarse del Ecuador.

Inmediatamente después, el señor General Peñaranda, Presidente de Bolivia, llegó a nuestra tierra, trayéndonos el mensaje de confraternidad de la progresista nación a que representa. Nuestra Sociedad cumplió también con su deber honrándole y condecorándole, como a digno representante de la nación hermana, que fué el Benjamín del Libertador y que tuvo por excelso magistrado y primer Presidente al inmortal Sucre. El General Peñaranda, culto, atrayente y afable, tuvo gestos muy simpáticos en nuestra Capital.

Entre otros, el obsequio que hizo de su heroica espada al Ejército Ecuatoriano y, por ende, a nuestra Patria, obsequio que tiene el aprecio y la gratitud que se merece; y la manifestación pública, sin respeto humano y a pleno día, de sus creencias religiosas, realizada en uno de nuestros principales templos, que le valió el aplauso y la simpatía de nuestra católica ciudad.

Ascendió el General Peñaranda al Pichincha, al lugar mismo de la inmortal batalla de la Libertad; y allí lanzó la bellísima y patriótica iniciativa de que en ese sitio, inolvidable para la independencia americana, debería erigirse un soberbio monumento conmemorativo de aquel hecho histórico, con la colaboración de todos los países de América que estuvieron representados por sus hijos en la gran hazaña; ya que todos ellos colaboraron al triunfo y son usufructuarios de la victoria. La Bolivariana recogió el eco de esta iniciativa, y la hizo trascendental a los demás pueblos, nuestros hermanos en el Continente.

También el General Morinigo, Primer Mandatario de la invicta Paraguay, nos honró con su visita, y produjeron muy buena impresión las actuaciones del valeroso repre-

sentante de la Nación que reconoce muy pocas rivales en lo que se refiere a heroísmo; ya que, bastaría para ello, recordar las épicas jornadas encabezadas por Solano López.

Nuestra hermana tradicional, la progresista Chile, nos envió también un emisario digno de ella, el señor Canciller Fernández y Fernández, que vino a reforzar nuestra amistad y recibió de parte nuestra las atenciones de que es muy merecedor.

De propósito he dejado para el último el referirme a la inapreciable visita del Excelentísimo señor General don Isaias Medina Angarita, muy digno Presidente de la noble Venezuela, para la cual tiene esta Sociedad Bolivariana especiales deferencias y las más hondas simpatías, por ser la excelsa Madre del Libertador.

Aquí, en este mismo salón de Próceres, tuvimos la satisfacción inmensa de recibir, con la mayor de las cordialidades, al señor General Medina, y tuve el inapreciable honor de condecorar con mis propias manos su noble y patriótico pecho con la medalla-insignia de la Bolivariana. Pocas veces habrá sido para esta Institución tan grato el recibir en su seno a personajes de alta sig-

nificación y valía, como lo fué al estrechar aquí la mano del ilustre Presidente de la nación heroica y amiga.

El General Medina Angarita tuvo actitudes excepcionales en nuestra Patria, las cuales se grabaron hondamente en nuestros espíritus y no las olvidaremos jamás. Entre otras, las siguientes:

Aquí, junto a la efigie del Libertador, al contestar con su magnífico discurso al modesto mío, expresó con énfasis y honda convicción, que a esta Sociedad Bolivariana le corresponde el alto e indiscutible honor de haber prendido el fervor bolivariano en los pueblos de América, y de haber propagado la gloria y las hazañas del Libertador en los ámbitos del Continente. Palabras que honran en alto grado a esta Institución y que no serán olvidadas con el transcurso del tiempo, por venir del personaje de quien vienen.

Acudió también el señor Presidente a la tumba del Mariscal Sucre. Allí colocó una hermosa ofrenda broncea a la memoria del Mariscal; y expresó, públicamente, que se complacía, como Magistrado de la nación venezolana, de que los restos del gran Mariscal se conserven en el Ecuador, donde se

le rinde cordial tributo y admiración, y que también se complace de ello Venezuela. Gesto muy simpático, toda vez que sería natural que Caracas hubiera deseado poseer los restos del inclito Cumanés. Y, en verdad, si su sepulcro no tiene todo el lujo, la amplitud y la magnificencia que deseáramos los ecuatorianos, sin embargo, está incrustado en el corazón de Quito, en los declives de la histórica montaña que fué testigo y teatro de sus victorias, en la Catedral Metropolitana a la sombra de la Cruz, y, especialmente, en el alma de los ecuatorianos.

Todas estas visitas, que brevemente hemos recordado hoy, han tenido enorme significación para la gloria del Libertador, para la difusión de sus excelsos ideales, el afianzamiento de las amistosas relaciones entre la mayor parte de nuestros pueblos, y la confraternidad que debe reinar entre ellos en lo sucesivo y, de modo especial, entre los que formaron la Gran Colombia, la que debería reconstruirse siquiera sea bajo los aspectos espiritual, cultural y comercial, y en los de la comunidad de propósitos y resoluciones prácticas en las relaciones internacionales del mundo.

* * *

Mas, por desgracia, junto a estos actos de satisfacción y de gloria, se han sucedido, en nuestra Institución, hechos luctuosos, con la pérdida definitiva de algunos de sus importantes miembros.

¡Ah, siempre las sombras en torno de la luz, siempre las opacidades formando contraste con los colores vivos del cuadro, siempre las nubes ensombreciendo el hermoso y límpido horizonte....!

A poco de haber deplorado la eterna partida de uno de los bolivarianos más distinguidos, el señor doctor don Telmo R. Viteri, abogado y militar notable, ferviente bolivariano y hombre de pluma y de espada, a quien sus consocios rendimos el homenaje merecido; hemos visto desfilar a la tumba a varios de nuestros compañeros, en estos últimos meses.

El señor doctor don Juan de Dios Navas, meritísimo miembro del Cabildo Metropolitano de Quito, inteligente, ilustrado, estudioso, autor de varias obras históricas, y virtuoso sacerdote, fué el primero en dejar un claro en esta Institución.

Siguió a él, don Reinaldo Suárez, modesto, modestísimo, que nos prestó fervoroso su colaboración en el ramo en que podía hacerlo: el del arte musical.

Y, por último, el distinguido literato, don Alejandro Andrade Coello, cuyo fallecimiento ha sido para nuestra Asociación de hondos relieves. Escritor infatigable, patriota sincero, bolivariano cordial e ilustrado polígrafo, puede decirse que falleció con la pluma en la mano. Y en la Dirección de la revista «El Libertador», órgano de nuestros trabajos y de nuestras deliberaciones, prestó inapreciables servicios y dió prestigio a la publicación.

La Sociedad ha rendido ya y continuará rindiendo su tributo de agradecimiento y de pesar por la desaparición de estos nuestros consocios, como demostración de justicia y de verdadero compañerismo.

* * *

Y hoy, diecisiete de diciembre, es el triste aniversario de la muerte del Libertador de un Mundo, del inmortal Simón Bolívar.

Ya nuestros distinguidos consocios, el señor Coronel don Nicanor Solís, en su alocución pronunciada esta mañana ante el Monumento del Héroe, y el señor doctor don Víctor M. Yépez, en el discurso que acaba de leer en esta sesión solemne, han puesto de relieve las hazañas y virtudes del inclito Bolívar y han descrito con frases patrióticas y fervientes los dolores y las ingratitudes de que fué víctima en los últimos años de su existencia. Y después de aplaudirles y agradecerles por su valiosa colaboración en este día, no añadiré sino pocas palabras sobre el luctuoso acontecimiento que hoy conmemoramos.

Es verdad, excelso Libertador, que después de haber recorrido la América, de cumbre en cumbre, escuchando los himnos de gloria por tus victorias y sacrificios; de haber recibido las aclamaciones entusiastas de los pueblos oprimidos que renacieron por tu voz y por tu espada a la vida de libertad; brotaron de las fatidicas sombras de la emulación y la perfidia, las rivalidades, las ingratitudes, las incomprensiones que ensombrecieron tus últimos días y te condujeron decepcionado al sepulcro. Pero, no te importe, ilustre Libertador; ya que después de esos odios y

de esas injusticias, vino la posteridad, que, exenta de pasiones, severa en sus juicios y justiciera en sus resoluciones, te ha colocado, a despecho de tus enemigos de entonces, en la cima de la gloria y de la inmortalidad. . . .

Si; porque parece que la loza pesada y densa, que cubre los sepulcros de los hombres de mérito, fuera como poderosa lente a través de la cual la humanidad justiciera aquilata en su justo valor los merecimientos, las virtudes y los triunfos de los antepasados.

* * *

Antes de terminar, agradezco sinceramente, a nombre de la Sociedad, a los distinguidos personajes, a las señoras, a los caballeros, a los miembros del Ejército y a los Colegios de la Capital, que se han dignado honrar con su presencia la ceremonia conmemorativa realizada en la mañana de hoy ante el pedestal de Bolívar y la presente sesión solemne.

Y olvidaba añadir a mis palabras anteriores, al tratar de la declaración explícita que hiciera por todas partes el eximio intelectual, doctor Fabregat, de la hazaña ecuato-

riana epopéyica del descubrimiento del Napo y del Amazonas, y de nuestro consiguiente derecho en esos grandes ríos y en las cuencas bañadas por ellos; que no convenimos nosotros, ni conviene el pueblo ecuatoriano en quedar perpetuamente excluído de esa zona ni en perder sus indiscutibles derechos; ya que tiene fe en que algún día los reivindicará, pues trescientos años de historia y de sacrificios no pueden ser borrados con una sola plumada.

Diciembre 17 de 1943.

En honor de
Don Carlos Ibarra Valdivieso

Quito, Octubre 28 de 1941.

Sr. Dr. Dn. Luis Coloma Silva,

Primer Vicepresidente de la Sociedad Bolivariana del Ecuador

Ciudad.

Distinguido Doctor:

Con íntima satisfacción, tengo conocimiento de que la benemérita Sociedad Bolivariana rendirá hoy, en sesión especial, cálido homenaje de reconocimiento y gratitud al fervoroso y eminente bolivariano, señor don Carlos Ibarra Valdivieso, con motivo del séptimo aniversario de su sensible fallecimiento.

Siento profundamente que mi estado actual de delicada salud no me permita asistir

on persona a tan justa manifestación; pero aplaudo de la manera más entusiasta esta actitud de la Bolivariana y me adhiero cordialmente a ella; ya que se trata de rendir pleitesía a la memoria de quien fué el mayor admirador de Bolívar en nuestra Patria y a cuya iniciativa y fervor se debió la erección del monumento al Héroe en uno de los sitios más hermosos de nuestra Capital, y la organización de la Sociedad Bolivariana, que mantiene desde hace algunos años el culto perenne al Libertador, propaga sus glorias y triunfos por toda la América y difunde su saludable y benéfica doctrina, para la unión, solidaridad y progreso de todas las naciones del Continente.

Con sentimientos de la más alta consideración para Ud. y para todos y cada uno de mis distinguidos consocios, me es grato repetirme, una vez más, su muy sincero amigo y S. S.

Francisco Chiriboga Bustamante

Carta de Don Gabriel María Núñez, relacionada con Don Carlos Ibarra y con el lugar en donde nació la idea de erigir el Monumento al Libertador en Quito y crear la Sociedad Bolivariana del Ecuador:

Guayaquil, 25 de Julio de 1935.

Sr. Dr. Dn. Francisco Chiriboga B.

Quito.

Muy honrador amigo mío:

Con especial atención he seguido las reseñas de los periódicos sobre las importantes sesiones de la Sociedad Bolivariana del Ecuador en esa ciudad; constando en ellas sus muy importantes actividades y cooperación. Hoy que con tanta brillantez y éxito se ha coronado tan árdua como histórica empresa, quiero que usted me permita el rendirle mis más entusiastas felicitaciones, por este nuevo orgullo para Quito y esta gloria ecuatoriana.

Como la gran fuerza inspiradora de tan fausto acontecimiento es, a mi modo de ver, el esclarecido patriota quiteño Dn. Carlos Ibarra Valdivieso; he mirado con la más íntima y bien sentida satisfacción, todos los honores que se le han tributado como la más

merecida gratitud de todos sus conciudadanos. Y, al hacer memoria de todos los detalles que rodearon a tan destacado y benemérito ciudadano, recuerdo con júbilo nuestras charlas en su hacienda de Tambillo, sobre tan grandioso tema, cuando la entrega de la hacienda Gualilagua al señor don Julio, en las cuales decíamos que para llevar a efecto tan bien inspirado proyecto, se debía proceder como para la formación de la Compañía Nacional de Tranvías, que, al mismo tiempo que nacía la idea, se iniciaba la suscripción; sugerencia a la cual asintió, con todo fervor, nuestro inolvidable amigo el señor Ibarra.

Tengo para mí que fué en su hacienda la cuna de este grandioso monumento con que se honra la América toda, y, si usted conviene en ello, creo que correspondería a la Sociedad Bolivariana el tomar en cuenta un hecho histórico y evidente de estos acontecimientos; ya que con muy poca diferencia de tiempo, se produjo el ofrecimiento de \$ 10.000,00 como su primera cuota.

Le saluda atentamente su S. S.

S. M. Niñez.

La Quinta del Coronel Francisco Montúfar

HAY en el centro del hermoso valle de los Chillos una quinta simpática, situada en el término oriental del Ejido de Sangolquí y cercana a la afamada hacienda Chillo - Compañía, propiedad que fué del Marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar, uno de los actores principales e influyentes de la revolución de Agosto, iniciadora gloriosa de la Independencia Americana.

Tenía aquella quinta, en la época a que me voy a referir, de ocho a diez hectáreas de terreno, con el agua necesaria para su regadío; pequeña, pero artística y bien presentada casa de habitación; dos huertos y un alegre jardín, en cuyo centro ostentaba un hermoso baño; buenos alfalfares y tres dehesas para el pastoreo de ganado vacuno.

Estaba, pues, dotada de las comodidades necesarias para ser una mansión de descanso y de solaz.

Por los terrenos del predio corre mansamente un pintoresco riachuelo que baja de las grietas de la cordillera oriental y sirve de abrevadero al ganado, brindando, a la vez, a sus orillas un hermoso aspecto y halagándolas con su suave murmullo.

Unos cuantos árboles frutales decoraban el paisaje en su alrededor y satisfacían la golosina de los muchachos que, durante las vacaciones escolares, íbamos a recrearnos allí por una temporada.

Esa quinta es «Bolivia», y perteneció primitivamente al Coronel don Francisco Montúfar, de la familia del ya indicado prócer de nuestra emancipación política. El la formó con su trabajo y construyó la preciosa casita de habitación, terminada que fué la larga y accidentada lucha por la Independencia.

Hombre culto y muy aficionado a las bellas artes, decoró su casa de campo con cuadros de buenos pintores ecuatorianos, de los cuales recuerdo los siguientes:

Una copia magnífica del afamado óleo «La Aurora», de Guido Reni, cuyo original lo he visto y admirado más tarde en el Museo del Vaticano;

Otro simbólico de las tres bellas artes: Música, Pintura y Poesía, representadas por tres bellísimas mujeres coronadas de laureles, destacándose encantadoras en un hermoso paisaje tropical;

El espléndido Puente de Londres, tallado íntegramente en piedra, el mismo que pude, años más tarde, admirarlo en toda su grandeza en mi viaje a Europa, y que, después del Puente de la Torre de Londres, es el más suntuoso de los construidos en la admirable Capital inglesa;

Otro cuadro, de grandes proporciones, que representa a Romeo y Julieta entre una arboleda frondosa de idílicos encantos: ella, en traje de baño, al pie de una cascada y al borde del riachuelo que nace de ésta, introduciendo el pie en el agua y comenzando a mojar su cuerpo escultural; y él, colocado detrás del tupido ramaje, mirándola de soslayo con mirada apasionada y brilladora y entonando su flauta para halagar delicadamente a su amada;

Dos magníficos retratos de Napoleón I y de Bolívar, de quienes era admirador frenético; y algunos más, relativos a los combates y episodios importantes en que actuaron esos dos ilustres genios. Entre otros, recuerdo el del paso del Puente de Arcole por Napoleón, cuando él, tomando en sus manos la bandera de su patria y caldeado su corazón por el valor y el patriotismo, se adelantó a sus generales y soldados y pasó el Puente a la cabeza de todos, en momentos en que sus enemigos disparaban desde la orilla opuesta, exclamando con la intuición del genio estas palabras: seguidme, que la bala que habría de matarme no se ha fundido todavía....

Decoraban también las piezas de habitación otras telas y pinturas que representaban escenas varias de la vida múltiple y guerrera del Libertador Bolívar y del vencedor en Wagram y en Austerlitz.

* * *

Después de la muerte del Coronel Montúfar, sus herederos habían resuelto vender la Quinta en pública subasta, y fué mi abuelo materno, el doctor don Manuel Bustamante, quien la compró.

A ella íbamos, pues, sus nietos en nuestra infancia, a disfrutar con indecible halago de los días de vacación en los cursos de la enseñanza primaria.

Allí se deslizaron horas felices de mi edad primera, las que dejaron huella indeleble en mi espíritu y cuyo recuerdo no se borrará jamás.

Observa un distinguido escritor que no es raro que los hombres olvidemos algunos sucesos relativamente recientes, y recordemos con precisión y claridad los que ocurrieron en nuestra infancia. Estos se graban más intensamente en nuestra memoria y los recordamos, quizá, durante el resto de nuestra existencia.

Entre las especialidades que veía yo diariamente en aquella mansión, estaba un artístico Reloj de Sol, que su antiguo propietario, el Coronel Montúfar, lo había hecho trabajar y tallar en piedra y colocarlo en el centro de uno de los pequeños huertos frutales. Sobre una pirámide de un metro veinte centímetros de altura y en el plano horizontal de la columna, estaba el Reloj, tallado en mármol blanco con los signos correspondientes, y una placa vertical de acero

señalaba con precisión las horas. En una de las caras o planos verticales de la columna había incrustada otra placa de mármol, y grabada en ella con letras doradas la siguiente inscripción, que la leía yo casi diariamente, pues me agradaba su lectura y me impresionaron bien los términos en que estaba concebida. Decía así:

EL CORONEL FRANCISCO MONTÚFAR DIÓ A ESTA SU QUINTA EL NOMBRE DE «BOLIVIA» EN TESTIMONIO DEL AMOR QUE PROFESA AL ILUSTRE BOLÍVAR, LIBERTADOR DE TRES REPÚBLICAS.”

PUEDA ESTA LÁPIDA PASAR A LA POSTERIDAD CON EL GLORIOSO NOMBRE QUE RECUERDA, Y SER TAN DURADERA COMO LA CELEBRIDAD DE LOS CAMPOS QUE AQUEL HÉROE INMORTALIZÓ CON SUS VICTORIAS.”

Han pasado los años, y no he olvidado una sola de las palabras esculpidas en esa lápida y grabadas en mi alma desde mi niñez. Y con la lectura frecuente de esa inscripción y la vista constante de los cuadros de la finca que, como he dicho, contenían hazañas y episodios notables de Bolívar, comenzó ya mi admiración por el Héroe Magno, el deseo de conocer su vida, sus prodigios, las batallas en que actuó, y los ideales que

le guiaron en su fecunda, múltiple y prodigiosa existencia. Aun puedo decir, que desde entonces soy bolivariano.

* * *

El doctor Bustamante inculcaba a sus nietos la necesidad del estudio desde los primeros años, de procurar la culturización de nuestro espíritu y de sembrar en él altos y nobles ideales para ver de alcanzarlos en lo porvenir. Enseñaba él con el ejemplo; ya que fué un hombre ilustrado, honorable, culto y estudioso, y desempeñó los altos cargos de Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, Ministro de Estado en dos Administraciones, y Presidente del Senado de la República por tres o cuatro ocasiones consecutivas.

Fuí, sin merecerlo, el nieto predilecto para él, y me prodigó su más profundo cariño. De mi parte, pude corresponderle noblemente; pues, aunque niño todavía, supe respetar su ancianidad, reconocer su valía y amarle intensamente; y después, he venerado y venero su memoria.

A su muerte, quedó la finca en poder de su esposa, doña Ana Andrade y Carrión; y fallecida ella, resolvieron sus herederos

vender esa propiedad para sus arreglos de testamentaria.

La adquirió mi primo Alberto Bustamante. El la enajenó más tarde a la señorita Isabel Tobar Guarderas. Un tiempo la tuvo en su poder el doctor Ricardo A. Ruiz; y posteriormente la compró el señor don Francisco Guarderas, que por largos años ha permanecido ausente del Ecuador, en ejercicio de varios cargos diplomáticos.

* * *

Transcurrido mucho tiempo, volví a ese lugar, para mí de tantos recuerdos, y observé con tristeza que el terremoto del año 1937 lo había arruinado por completo. La casa de habitación se hallaba en ruinas; sólo quedaban de ella algunos muros derruidos y desolados escombros. La larga ausencia de su dueño, que permanecía en el Exterior por la razón ya indicada, dejó su huella en esa quinta, que quedó bajo el cuidado de sirvientes poco escrupulosos en mantenerla en buen estado. El antiguo jardín, no existía ya; los pepueños frutales, arrasados; y las balastradas de mariscos habían desaparecido por completo. Se veía sólo desolación y desencanto.

Honda impresión me produjo aquello. Allí recordé entristecido los dulces años de mi infancia; rememoré las horas felices que para mí se deslizaron en ese lugar en compañía de mis abuelos, de mis padres, de mis hermanos y de otras personas de familia, casi todas hundidas ya en las tenebrosidades del sepulcro. Y vinieron a mi memoria aquellos hermosos versos de un poeta sentimental, compatriota nuestro:

Casa solariega desolada y triste
que de mis ensueños el albergue fuiste,
guardas en tus viejos muros derruidos
el divino encanto de los tiempos idos.

Guardan tus escombros todos mis cariños,
todo lo más bello que amamos de niños;
y en sombras envuelta y envuelta en misterio
eres para mi alma sólo un cementerio.

* * *

Me interesé vivamente en volver a ver el Reloj de Sol y la lápida de mármol a que me he referido. Por desgracia, ya no encontré allí ni lo uno ni lo otro. Indagué sobre el particular al cuidador ocasional de la quinta, y me manifestó que, por orden del señor doctor Ruiz, cuando él poseía esa propiedad, fué trasladado aquello a su fábrica

de tejidos, la que fué anteriormente de la familia Ordóñez y a la sazón pertenecía a don Ramón González Artigas.

Fuí allá en seguida, y encontré ahí, en efecto, el reloj en su pirámide de piedra; pero la placa conmemorativa no existía ya; alguien la había sacado de su histórico sitio.

He averiguado acuciosamente por ella, con el propósito de adquirirla yo y donarla a la Sociedad Bolivariana para su Museo; pero no he hallado quién me dé razón sobre este particular.

Es de notarse que en aquella placa no se limitó el Coronel Montúfar a ensalzar al Libertador y manifestarle su admiración, sino que hizo constar en ella el testimonio del *amor* que profesaba al ilustre Bolívar, lo que no es común encontrar en lápidas de esta naturaleza, y que revela claramente que el excelso Americano no sólo despertaba en sus Tenientes y camaradas el sentimiento de admiración y respeto hacia él, sino que les inspiraba cariño por sus genialidades, por su profundo aprecio a quienes compartían con él los azares y las glorias de la lucha y a quienes guiaba con desinterés personal hacia las cimas de la libertad y del triunfo.

* * *

Posteriormente he sabido que el señor Guarderas, de regreso al país, ha construido allí un nuevo edificio y ha mejorado notablemente su propiedad, que en su ausencia estuvo arruinada.

Y dejo en estas pocas páginas la constancia del homenaje rendido a Bolívar por uno de sus Tenientes y admiradores, el Coronel Montúfar, para que no se borre completamente su recuerdo.

1942.

APENDICE

MISCELANEA LITERARIA

Miscelánea literaria

(fragmentos) (*)

LA POESIA

¡Poesía!.... Esta sola palabra basta para hacer brotar el fuego del entusiasmo en los corazones más fríos e indiferentes; para elevar al infinito a los espíritus más débiles y apocados.

¡Poesía!.... Ella es la diosa a la cual rinden fervoroso culto las almas más nobles, los ingenios más esclarecidos. ¿Quién no se siente cautivado a su influjo celestial, cuando derrama inspiraciones sobre las inteligencias?

(*) Estos fragmentos tomados de publicaciones anteriores del autor, han sido reproducidos en la Revista «El Libertador», órgano de la Sociedad Bolivariana y en alguna otra de la localidad. Como aquellas publicaciones están agotadas, puede considerarse la actual como una nueva edición de estos trozos literarios.

cias creadoras y ellas, con sus armoniosos cantos, nos proporcionan el consuelo en las horas de amargura, hacen latir nuestros corazones a influencia del cariño, nos arrebatan entusiastas en las horas de placer y nos atraen irresistiblemente por medio de esa cristalización de lo grande, de lo sublime, de lo bello y de lo fecundo? . . . ¿Qué labio no se complace en recitar, de vez en cuando, algunas estrofas, que parecen ser expresión viva y verdadera de los pensamientos que nos agitan?

La poesía, cuando ocupa el trono que le corresponde, ensalza a la virtud y deprime al vicio, canta los recuerdos de la infancia, glorifica a los héroes y a sus victorias, pinta con los colores más vivos las bellezas de la creación, expresa del modo más genuino los sentimientos de amor, de gozo, de admiración y de esperanza, y es el desahogo más hermoso del corazón en sus horas de alegría o abatimiento.

El poeta no es un mero espectador de la naturaleza: es el profundo descubridor de sus secretos, la lente microscópica que pone de relieve ante los ojos de los demás hombres las beldades que ella contiene, y el intérprete fiel de su mudo lenguaje. El levanta

con su dedo los párpados de las multitudes ciegas e indiferentes, para que vean todo lo que en el mundo hay de grande o de pequeño, les muestra las llagas sociales y les señala lo que existe de elevado o de vituperable en la humanidad. El toca las fibras más delicadas de los corazones apáticos e insensibles, para enseñarles a entusiasmarse por las glorias de la patria, a reír con los que ríen y a llorar con los que lloran. El es la palanca moral que aparta al corazón humano de las prosaicas escenas de la vida, para transportarle, siquiera sea por breves momentos, a las regiones de la belleza y del arte. El conduce a nuestros espíritus por los senderos propios del espíritu. Y ¿se quiere una misión más excelsa?

Si es verdad que el hombre fué creado a imagen de la Divinidad, también lo es que el poeta es el que más se le asemeja; porque ha recibido algunos resplandores de la potencia creadora, que es uno de los atributos más sublimes de Dios. Sí, los poetas son hombres superiores; ellos civilizaron a los primitivos salvajes, como nos lo enseña la Historia, sacándolos con su mano poderosa del estado de abyección en que se encontraban; ellos han immortalizado con sus cantos a los seres

sobresalientes de la humanidad por sus virtudes, por su valor o por sus talentos; ellos han reflejado en sus obras el carácter y el progreso de las naciones. ¿Quiénes sino Homero y Virgilio han pintado con mano maestra los cuadros heroicos de las epopeyas griegas y romanas? ¿Quién ha realizado mejor que Víctor Hugo los acontecimientos culminantes de la Francia contemporánea? ¿Quién ha inmortalizado a Bolívar, sino Olmedo? ¿Quién, sino Herrera, a Don Juan de Austria y a los héroes de Lepanto?

Con razón los pueblos más civilizados de la antigüedad consideraban a los poetas como a hijos predilectos de los dioses; y los romanos, a pesar del rigor de su legislación con respecto a los esclavos, cuando encontraban entre ellos individuos dotados de ingenio, como sucedió con Fedro y Terencio, les daban un tratamiento digno, comprendiendo la superioridad de sus talentos.

* * *

“Tres musas inmortales —ha dicho un célebre escritor— reinarán sobre todas las generaciones poéticas que nos sucedan: la religión, el amor y la libertad.” A estas aña-

diría yo otra: la naturaleza; pues ella simboliza a lo vivo, en sus escenas, los variados sentimientos del corazón y las vicisitudes de la vida. En efecto, ese movimiento, esa agitación tan encantadora, ese bullicio del universo entero a las primeras caricias del sol, ¿no son una expresión poética, una imagen exactísima de la animación y alegría que experimenta el hombre en los albores de su existencia? Ese brotar continuo de las flores a los pocos instantes de que despierta la aurora, ¿es otra cosa que el símbolo de las ilusiones que nacen en nuestra alma poco después de habernos separado de la cuna? El rocío depositado por el alba en los cálices de las flores que sirve para darles frescura y lozanía y hacerles exhalar su perfume, ¿no es un emblema del llanto, que al caer en nuestros corazones desde las primeras horas de la infancia, sirve para aliviar nuestras dolencias y, más tarde, para desahogar nuestros pesares? La fuga de la niebla ante los primeros rayos del astro refulgente, ¿no es una representación del error que se aleja avergonzado ante la luz esplendorosa de la verdad? Esos manantiales que recorriendo diversidad de parajes van a terminar su carrera en abismos insondables, ¿no están reflejando la existencia humana, que después de

atravesar las variadas sendas de la vida, va a perderse en los misterios de la eternidad? La majestad y silencio de la tarde, en la cual parece que hasta las montañas meditan, circundadas por las sombras, ¿no representan fielmente a la ancianidad, rodeada de cierto ambiente de tristeza, meditabunda y pensadora? La caída de las hojas marchitas de los árboles a causa de los rigores del estío, ¿no está simbolizando el deshoje de las ilusiones del corazón al llegar a la vejez? Expresiones mudas son todas estas, pero llenas de bellísima elocuencia, que Dios ha derramado en la creación sensible, para que el hombre las traduzca a su propia lengua por medio de la palabra. Y esta es una de las misiones exclusivas del poeta, aunque a veces no las puede llenar satisfactoriamente, porque no encuentra voces apropiadas para traducir esa poesía encerrada en las patéticas o apacibles escenas de la Naturaleza. Pero ella es una musa tan inmortal como las anteriores; ella es la fuente inagotable de inspiración, donde se han alimentado los ingenios más esclarecidos que ha admirado el mundo.

* * *

Y, por otra parte, ¿qué es lo que se propone el poeta? ¿Cuáles son sus ambiciones? Presentar las obras del Creador en toda su magnificencia y las acciones humanas meritorias en toda su esplendor; divinizar el amor, el dolor y los demás sentimientos elevados; vaciar en el papel los anhelos de su corazón y las concepciones de su cabeza; comunicar a los demás una chispa siquiera de la inmensa hoguera que interiormente le devora, y, sobre todo, ambiciona la gloria y la inmortalidad. ¡Ah!, ellas son las aspiraciones más nobles, los imanes más poderosos, los ideales más sublimes para las almas grandes! Anhelarlas tan sólo, es un preludio de grandeza; poseerlas, una felicidad verdaderamente envidiable!

La poesía todo lo transforma y lo diviniza con la magia de sus encantos, y se la siente palpar, prestando calor y vida, en todo lo que tiene un tinte de maravilloso. Con razón Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, considerada por el insigne literato Don Marcelino Menéndez y Pelayo como la

primera poetisa de América, se expresa de este modo en su inimitable oda «A la Poesía»:

“¿Qué a tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso;
El universo tu ropaje viste
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedora diestra.”

Si; la mejor poesía que existe, es el mundo que admiramos, y el primer poeta, Dios!

DE EDUCACION

EDUCAR! He aquí el problema, que ha merecido siempre la atención de los cerebros pensadores y que debe merecerla más aún en la época presente. Múltiples y difíciles cuestiones agitan hoy a la humanidad en todos los pueblos de la tierra; pero ninguna más importante, sin duda, que la relativa a la educación.

La actividad nerviosa y vehemente, las inquietudes febriles, el refinamiento exquisito y las ilimitadas aspiraciones de la vida moderna, van profundizando más y más cada día ese misterio insondable, ese arcano incomprendible que llevamos todos en lo íntimo de nuestro ser, y que se llama corazón humano.

Si contemplamos el mundo actual con mirada escrutadora, si observamos reflexivamente lo que sucede en torno de nosotros

mismos, ¿qué es lo que encontramos por donde quiera?... Derechos que se conculcan, pasiones que se excitan, ambiciones que se acrecientan, ideales que se transforman, zozobras que se multiplican, deberes que se desprecian, creencias que se esfuman, horizontes que se entenebreceen, claridades que se apagan.... Junto a las admirables conquistas de la civilización, los descaecimientos y las volubilidades del espíritu. Enfrente a los progresos de la ciencia, el desconcierto de las sociedades y el trastorno de los pueblos. Mezcladas con los primores y las espiritualidades del arte, las crudezas del más exagerado materialismo.

¿A dónde va la humanidad por este camino?....

No lo sé. Pero es lo cierto que, titán o degenerado, reptil o genio, triunfador o mártir, no marcha el hombre en la vida moderna por un sendero normal: o se encamina a pasos gigantes a la cumbre de su perfeccionamiento, o se dirige violentamente al abismo de la disolución social.

¿Y dónde encontrar la panacea para los males que afligen a las sociedades todas y, al propio tiempo, para encarrilarlas en el camino del bien y del verdadero progreso?....

En la educación; en una educación sana, noble, progresista, elevada y religiosa.

* * *

¡Educar! ¿Qué es educar?... Es sembrar en el corazón humano el germen fecundo del amor al trabajo, a la verdad y al cumplimiento del deber; arrancar al vicio, al crimen y a la ineptitud sus desdichadas víctimas, para transformarlas en elementos beneficiosos para la sociedad y para sí mismos; infundir esperanzas nobles para lo porvenir, que neutralicen las arideces del presente o las inclemencias del pasado; inculcar altísimos ideales, que sean como faros que guíen al hombre en el tempestuoso mar de la existencia; enseñar a respetar el mérito, la honradez, el talento y la virtud, sea quien fuese la persona en quien se radiquen, y a mirar con desdén a la ruindad y a la perfidia; acostumar desde la niñez a ser altivos con el poderoso, compasivos con el débil, consecuentes con el amigo, benefactores con el desgraciado, caritativos con el pobre; arraigar en lo íntimo del alma el amor a la patria y a la familia, haciéndonos capaces de ofrendar grandes sacrificios en aras de su felicidad o su grandeza.

Educación es cultivar también en el espíritu sentimientos de modestia en la prosperidad y de resignación en las tribulaciones, para no entregarse en brazos de la soberbia, ni precipitarse en los horrores de la desesperación; imbuir la necesidad de respetar los derechos, las ideas y la libertad de los demás, para que sean respetados también los nuestros; cimentar el principio de que sobre las sanciones de la ley y de la sociedad — que a veces pueden ser ineficaces o erróneas — hay las de un Ser regulador de las naciones y de los individuos, y de cuyas manos están pendientes los destinos del universo; y levantar en nuestro interior el edificio de la honorabilidad, de la justicia y del orden sobre las bases firmes de la Religión Cristiana, la única luz capaz de disipar las tinieblas que, en ocasiones, desorientan nuestro corazón o entenebrece nuestra mente.

Todo esto es educar; y ahí se encuentra el verdadero secreto de la regeneración de los hombres y de los pueblos.

* * *

Háse creído últimamente que si bien la educación religiosa era necesaria en otras épocas, en que los espíritus eran más tran-

quilos, las ambiciones más limitadas y no tan amplios los horizontes de la idealidad; no lo es en la vida moderna, por el constante desasosiego de los ánimos, el asombroso movimiento industrial y mercantil que casi absorbe la actividad humana, y esa atmósfera de escepticismo, de inquietud, de insaciableidad y descontentamiento, que envuelve a los corazones todos.

Juzgo yo lo contrario. Cuando el mar está sereno y duerme el huracán, es fácil para el navegante divisar la lejana orilla y, para el piloto, conducir la nave al apetecido puerto. Mas, cuando la tormenta encrespa las gigantescas ondas, y el cielo se oscurece y nubla, y zozobra el vapor al sacudimiento brusco del vendabal; entonces el naufragio es inminente, si no hay un faro que alumbre y guíe a quienes luchan incesantes con los furioses del océano.

De igual manera, para el alma tranquila, no agitada por las pasiones, por los delirios y por las locuras de la vida, no es tan indispensable una luz poderosa que la liberte del caos, ni una mano que la separe del abismo. Pero, cuando el espíritu se siente desfallecer al rudo golpe de los rigores del destino; cuando vacila y cae al soplo impla-

cable de la duda; cuando al levantar sus ojos al cielo no encuentra en él una sola ráfaga de claridad que le ilumine, sino tan sólo un horrible y mudo vacío y una eterna obscuridad abrumadora; entonces ¡ay del hombre! si no guarda una ánfora que vierta sobre su pecho saludables consolaciones; porque se hundirá irremediablemente en las horribas simas de la desesperación, o arrasará, como ciclón impetuoso, las ciudades y los pueblos, o se transformará, por voluntad propia, con el veneno o con el plomo, en el manjar codiciado por las insaciables voracidades del sepulcro.

EL FARO DE IRLANDA

VIAJABA yo, no ha mucho tiempo, por el Atlántico del Norte, muy cerca de las costas meridionales de Irlanda. La niebla cubría por completo la inmensidad del mar; sólo se oía en torno al vapor el chasquido de las olas que se quebraban junto a la nave; el cielo estaba obscuro; ni un rayo de sol había logrado rasgar las nubes para iluminar las profundas aguas, y los navegantes no observábamos, en derredor, sino inquietud, soledad, misterio.

Triste y fatigosa la travesía, en semejantes circunstancias.

De improviso, ligera brisa se agita en el ambiente, desgárrase la flotante niebla, tenues lampos de luz irradian en la atmósfera, y aparece, bien próximo a la nave, un peñasco primoroso y agreste, que parecía surgir de las ondas como un milagro repen-

tino, y en cuyo centro se yergue artística torrecilla, asilo nocturno de la luz, consuelo fúlgido de los navegantes, compañero único en las soledades infinitas: el hermoso Faro de Irlanda.

¡Cuántas reflexiones se agolparon en mi mente ante aquel pintoresco cuadro! ¡Qué sentimientos hicieron vibrar mi espíritu en esos gratísimos momentos!

Diariamente, perennemente, —decía para mí— se estrellarán furiosas las olas del Atlántico contra ese, al parecer, diminuto peñasco, anhelando tragarlo y sumergirlo en los abismos. Qué de veces, en las noches tempestuosas y rugientes, habrá soportado impasible los furores del rayo asolador:

En cuántas ocasiones habrá sido para los navegantes, —perdidos en la inmensidad del océano, inquietos y desorientados, circundados de sombras y zozobrando entre olas embravecidas—, la luz esplendorosa y apacible que les guiase al anhelado puerto, la mano cariñosa y amiga que les librara de las voracidades de la muerte.

Las fúnebres sombras polares habrán descendido hasta él, en los crudos rigores del

invierno, para ver de apagar sus beneficiosos destellos; y él, disipándolas suavemente, habrá vuelto a refulgir en la inmensidad.

Mil aves marinas, acosadas por las furias del vendabal, se habrán refugiado a sus plantas, hasta que se disipe la tormenta. . . .

Y permanece incólume, sereno, derramando consuelos en contorno, iluminando los desolados mares, irradiando sus luces al infinito.

EL DERECHO

NADA más necesario ni más útil para las Naciones y para los individuos que las componen, que el estudio y cumplimiento del Derecho en sus diferentes fases. Desde los remotos tiempos de Grecia y Roma se ha reconocido lo indiscutible de esta verdad; y, por eso, los sabios más profundos, como Solón y Licurgo; los filósofos y oradores más admirables, como Demóstenes y Cicerón; los espíritus más pensadores, como Triboniano, Gayo y Papiniano, pusieron su atención preferente en la ciencia de la legislación.

Y, en efecto, si consideramos al Derecho en su acepción más lata y desde su verdadero punto de vista, no podremos menos de reconocer que su acción es esencialmente benéfica y civilizadora. El, arregla las innumerables y diarias relaciones de los individuos entre sí; dispone de la manera cómo

se ha de constituir la familia; vela por la posteridad desde antes de su nacimiento; ampara al huérfano, al débil y al menesteroso; interpreta la voluntad del moribundo, aun cuando éste no haya podido manifestarla; cuida del recto y justo cumplimiento de los contratos que se celebran, de las obligaciones que se contraen; da ensanche y vigor al comercio, facilitando sus transacciones; es el tutor nato de todos y de cada uno de los individuos de la sociedad, para defender su vida, su honor y su fortuna; se afana por restablecer sobre bases firmes y duraderas el bienestar de los ciudadanos; castiga con severidad a los delincuentes, para ver de conservar incólumes la tranquilidad y el orden públicos; determina a los Poderes del Estado el límite del cual no les es lícito pasar, para que llenen sus elevados fines y no empuñen la vara de la tiranía o del despotismo; prescribe a los súbditos los deberes que están obligados a cumplir, so pena de entregarse en los opresores brazos de la anarquía; señala a las naciones la conducta que deben observar en sus relaciones recíprocas, para cimentar más la amistad, evitar las disensiones o disminuir sus estragos cuando ellas sean inevitables, para que reglen sus acciones a los dictados de la justicia ya sean

grandes o pequeñas, y para que las primeras reconozcan que la opresión y la conquista respecto de las segundas es propio sólo de la barbarie; extiende, en fin, su protector influjo a naciones y pueblos, a individuos y familias, a gobernantes y gobernados, a todo cuanto existe y puede existir. ¿Puede darse una acción más universal y más bienhechora?

El día en que el ángel de la Justicia despertara a los hombres de su letargo con su celestial trompeta, y recorriendo los ámbitos del globo les prescribiera la sujeción estricta a los dictados del Derecho, que son los de la recta razón, y ellos escucharan atentos su voz y obedecieran sus mandatos; ese día, repito, sería el de mejor regocijo, el de mayor dicha para la humanidad!....

* * *

El termómetro más exacto para conocer el grado de civilización de un pueblo es, sin duda, su legislación. En ella se retratan sus tendencias, sus ideas, sus conocimientos y su respeto a los bienes y a la dignidad ajenos. Por esto, los más célebres historiadores han dado al examen de las respectivas legislaciones un puesto preferente en sus obras.

La humanidad se enorgullece, con justicia, de los progresos alcanzados en el mundo físico durante el siglo último, mediante los titánicos esfuerzos de algunos ingenios privilegiados y las sorprendentes aplicaciones de las ciencias físicas y naturales. El ferrocarril, el vapor, el telégrafo, los globos dirigibles, la aviación, la radio, etc., manifestando están a las claras que los conocimientos humanos avanzan rápidamente, y de cuánto es capaz la inteligencia del hombre cultivada con el estudio. Pero si esto es verdad y lo reconocemos con íntima e indecible satisfacción, no lo es menos que todos estos adelantos significarían muy poco para la humanidad, si ella dejara de ser impulsada hacia la cumbre por la poderosa, por la inmortal palanca del Derecho. ¿De qué le serviría a ella — a la humanidad — trasladar con suma rapidez sus personas y sus haberes a los lugares más apartados del globo; comunicarse instantáneamente entre individuos situados en la zona ecuatorial y las polares; trasmontar las cordilleras más escarpadas y elevarse a grandes alturas en la atmósfera; si abandonando el estudio del Derecho y dejando abolidas todas sus prescripciones, viera sus bienes arrebatados a cada instante por el más audaz o por el más fuerte; si mirara su vida

amenazada de continuo por la ferocidad o la codicia; si la envidia o la ignorancia pudieran arrebatár impunemente su honra; si sus propios esfuerzos fueran la única autoridad para hacer valer sus derechos; si contemplara a la ancianidad ofendida, a la orfandad abandonada, mancillada a la inocencia y escarnecida a la virtud, sin que éstas encuentren amparo ni defensa en ninguna parte?... ¿Qué sería de las Naciones el día en que los súbditos rechazaran de sí toda idea de autoridad, o la Autoridad desconociera todo derecho de los súbditos; en que las más fuertes y mimadas de la fortuna borrarán los límites que las separan de sus vecinas; en que sus convenios y tratados fueran considerados como un mito; y en que el estampido del cañón fuera el único medio de manifestar la justicia de sus pretensiones?... Suprimid el Derecho; y el comunismo, la fuerza o la anarquía serán los soberanos del Universo.... Suprimid la Ley, y veréis al mundo convertido muy pronto en pavoroso caos....

Así lo han comprendido, felizmente, los hombres desde las más remotas edades, y por eso, trataron de cimentar más el natural instinto de sociabilidad, con las sólidas bases de legislaciones sabias. Y después, sus leyes,

al parecer sencillas e inspiradas sólo en un recto criterio, llegaron a constituir el más valioso título de su inmortalidad.

* * *

Traed, por un momento, a la memoria, a la Roma antigua, a la cuna de las letras, las ciencias y las artes; contempladla paseando sus águilas vencedoras por casi todos los ámbitos del mundo entonces conocido; y... mirad, más tarde, su poder reducido a la nada, su grandeza militar convertida en cenizas. Pero admiradla como legisladora, dictando, desde el sagrado tripode de la ciencia, disposiciones sabias para el bienestar de los ciudadanos, y, aunque destrozada después por sus enemigos, la veréis dominando — por medio de sus leyes, que, como dice un autor, son y serán siempre la razón escrita — no solamente a sus propios vencedores, sino también a todas las naciones del universo y por el ilimitado transcurso de los siglos.

LA LIBERTAD

LA LIBERTAD es el más excelso de los bienes para los individuos y para los pueblos. Ella es la fuente fecunda de donde emanan las heroicidades y los sacrificios; ella es el ideal esplendoroso, que ha conducido a las almas nobles y generosas hasta las sublimidades del martirio.

Sin libertad, los hombres son entes envilecidos, incapaces de enderezar sus pensamientos y sus energías hacia elevados ideales, hacia concepciones geniales y fecundas; sin libertad, los pueblos yacen en la sombra, el civismo se oculta entre las opacidades de la muerte y no irradian sus destellos luminosos las acciones inmortales.

La libertad es vida y calor, inspiración y fuego, promesa y redención, civilización y cultura, claridad y gloria.

* * *

Dormía silenciosa la América; ni un rayo de luz iluminaba las dilatadas y preciosas tierras, que emergieron de las profundidades del misterio al conjuro mágico y providencial del genio de Colón, y los pueblos, sumidos en la ignorancia y la servidumbre, sentían deslizarse los años sin oír el rumor de alas que se despliegan para volar a la altura. Sólo se escuchaban en derredor el somnoliento murmullo del silencio, el enervante eco de las sombras, el suspiro desconsolador de la muerte. Faltaban las vibraciones espirituales de la luz, el calor efervescente del patriotismo, los espasmos creadores del entusiasmo, las palpitaciones intensas de la vida.

Y fué Quito, esta heroica y hermosa Quito, esta cuna de nuestros mayores y centro de nuestros más caros afectos, la primera que dejó oír su voz en el Continente por boca de sus patricios y de sus plebeyos, para aclamar a la Diosa Libertad y rendirle su fervoroso tributo, colocándola reverente en los altares excelsos de la Patria.

Y al escuchar esa voz, vió complacida la América surgir de su fecundo seno, como

en generación espontánea, héroes y pensadores, luchadores y estadistas, hasta cristalizarse ese conjunto admirable y armónico, patriótico y arrebatador, en un genio extraordinario, gloria de la raza y de la humanidad, rival, en la grandeza, de los Alejandros y los Césares, de los Aníbal y los Napoleones, pero superior a todos en la nobleza del ideal: Bolívar.

¡Llor a los iniciadores de la grandiosa epopeya, a los héroes quiteños del Diez de Agosto de 1809!

* * *

Mas ¡ay!, por ocultos decretos del destino, esos mismos héroes que debieron escuchar enardecidos las frenéticas ovaciones de la América, y recibir descubiertos las bendiciones gloriosas de sus hijos, y sentir en el fondo de sus pechos las vibraciones de los cánticos de gloria alzados en su loor; rinden bien pronto su tributo a las crueldades del martirio, y empapan con su sangre generosa el teatro mismo de sus hazañas y de su inmortalidad.

Empero, las ideas no mueren. Las ideas altas, nobles, fecundas y bienhechoras, no

perocen al golpe fatal de la cuchilla, ni a las crueldades farisaicas de la Cruz.

La sangre derramada en Quito el 2 de Agosto de 1810, no podía sepultar el anhelo de liberación e independencia lanzado aquí por nuestros padres en beneficio del Nuevo Mundo; como la sangre vertida en el Calvario, no podía tampoco borrar, sino antes bien avivar, en el fondo del espíritu humano, los sublimes ideales de caridad y paz, de confraternidad y mansedumbre, de espiritualidad y amor, palpitantes en la excelsa doctrina del divino Rabí de Galilea.

¡Loor eterno a los insignes proclamadores de ideales y doctrinas benefactoras de los hombres!

EL CRISTIANISMO

REINABA en el mundo el paganismo. Y en medio de la universal confusión de ideas y creencias, cuando las tinieblas del error y de la más grosera idolatría habían desorientado los espíritus, y cuando las sociedades marchaban a su completa ruina moral, impelidas por las olas de la superstición y de las falsas doctrinas; se presentó sobre el haz de la tierra, hace cerca de dos mil años, en uno de los lugares más ocultos del Asia Menor, el hombre extraordinario, como le llamaban los infieles; el espiritista consumado, como le apellidan Allan Hardec y sus secuaces; el Hombre-Dios, el Verbo divino, el Redentor del mundo, como lo reconocemos los católicos; y comenzó a difundir por la tierra la religión más sublime, la doctrina más salvadora, la luz más resplandeciente que ha podido iluminar al humano linaje, como nacida de los senos mismos de la verdadera

divinidad, causando en el orden moral y religioso la revolución más trascendental y más benéfica que ha conmovido al orbe en el transecurso de los siglos. A su voz poderosa cayeron derribados los falsos ídolos del paganismo, las supersticiones fueron a esconderse en las obscuras cavernas de donde salieron, y a pesar de los mil obstáculos que se le presentaron al paso y de las persecuciones de que fué víctima la doctrina de Cristo, fué ella invadiendo los corazones de los hombres y de las familias, las cabañas más humildes y los palacios de los poderosos, las aldeas más insignificantes y las ciudades más populosas, e hizoles palpar bien pronto a todos ellos los múltiples beneficios de su influencia bienhechora.

El Cristianismo, como todo lo que es grandioso y elevado, tenía naturalmente que experimentar violentas sacudidas. Fué víctima de persecuciones formidables de parte de algunos Césares, persecuciones que le habrían hecho sucumbir, si no hubiera estado sostenido por la mano invisible de la Providencia. Pero permaneció firme en su elevado puesto, como permanecen las cumbres de granito de las más altas montañas; y así como ellas atraen sobre sí horrendas tempestades, que

en ocasiones las dejan desnudas, escuchan impasibles los truenos que retumban en su derredor repercutiendo furibundos en la bóveda celeste, y son el blanco de los rayos que, en su furor, ansían despedazarlas, sin que jamás descendan del elevado lugar que ocupan en la naturaleza sensible; del mismo modo la Religión divina: la azotaron mil tempestades de odio y emulación, resonaron por doquiera las vociferaciones de sus gratuitos enemigos, recibió los rayos de la calumnia y de la injusticia, y sin embargo permaneció, como aquellas cumbres, inalterable en su elevado trono; porque, esas tempestades no hacen con ella otra cosa que depurar su doctrina despojándola de algunas preocupaciones de que la reviste la ignorancia, esas vociferaciones no producen otro efecto que rodearla de más esplendor, y esos rayos, aunque a veces la hieren profundamente, son impotentes para hacerla descender de la gloriosa altura en que a la mano del Eterno plugo colocarla.

* * *

Mas, ¿habrán los pueblos llevado a la práctica las enseñanzas de esa doctrina salvadora?... No; cuán poco la practican!....

Absorto ha contemplado el universo los desastres de la conflagración mundial. Desatóse furiosa la tormenta, brilló el rayo de las ambiciones desapoderadas, renacieron los odios de pueblos contra pueblos, de naciones contra naciones, pusieronse desgraciadamente a su servicio todas las sutilezas del ingenio y las asombrosas invenciones de la ciencia, rugió el huracán y lo envolvió todo...; y el aluvión enfurecido derribó ciudades, arrasó comarcas, sobrecogió a los espíritus, ensangrentó los continentes y los mares, inundó en llanto la tierra y presentó por donde quiera muerte, desolación y escombros... Y quedarán todavía, después de la tormenta, venganzas irreconciliables y furores recónditos que amenacen para lo futuro otra hecatombe horripilante.

¿Quién será capaz de poner dique a tanto horror?... Sólo esa doctrina de caridad, de paz, de dulzura y mansedumbre que se difunde suave, espiritual y bienhechora, como el perfume de las flores en los jardines o el aura fragante y delicada entre las selvas, llevando la vida para todos, y elevándose imperceptible a perderse misteriosamente en los espacios infinitos.

* * *

En la actualidad, por desgracia, de nada se preocupan tanto los hombres, como de descubrir los medios más rápidos, más apropiados para aniquilarse, para destruirse los unos a los otros. ¡Cómo se ingenian para producir, día a día, instrumentos y armas cada vez más adecuados para difundir entre sus semejantes la desolación y la muerte! Si parece que la humanidad hubiera sido creada para odiar a la humanidad; y no para estrecharse entre sí con lazos indisolubles, ni para buscar unidos, los hombres, los medios más conducentes a la felicidad común, ni para marchar incesantemente, apoyados los unos por los otros, a las gloriosas conquistas de la civilización!

Y aquellos medios de destrucción y de muerte no siquiera se los inventa con la mira de defender el derecho contra las asechanzas de sus conculcadores. No, tampoco, con la de proteger la vida, la libertad, el honor y los demás derechos esenciales de los hombres, o la integridad y soberanía de los Estados contra las ambiciones de los poderosos. Esos medios de destrucción y de muerte se los

inventar, se los perfecciona, en ocasiones, para lanzarse con ellos a la conquista de lo ajeno; para vejar y oprimir al débil; para desconocer toda obligación para con el menos fuerte, ya sea éste individuo o nación; para hacer que prevalezca —según la frase demasiado común, pero muy significativa— el derecho de la fuerza sobre la fuerza del derecho.

Contrista el ánimo, en verdad, observar que mientras algunos ingenios portentosos se esfuerzan —en cumplimiento de su sagrada misión— en sorprender los secretos de la Naturaleza, para hacerlos servir en bien de la humanidad; en acortar las distancias, para agilizar el comercio; en proporcionar a la industria los elementos aptos para su engrandecimiento; en escalar las alturas de la atmósfera, para burlar toda valla que pretenda oponerse al progreso humano; en destruir los maléficos gérmenes que pudieran corroer o matar nuestro organismo; en descubrir nuevos horizontes para la fecundación del Derecho, y en dar alguna solución acertada a los candentes problemas sociales, que hoy agitan a todos los pueblos del universo...; haya otros que mediten sólo en desolar los hogares; en atizar la discordia entre individuos o naciones; en mul-

tiplicar los medios de exterminio, a fin de ostentar por donde quiera el fúnebre espectro de la muerte, y en procurar, así, que retrocedan los pueblos a los tenebrosos tiempos de la barbarie.

¡Oh!, si algún día iluminara a la humanidad toda, la antorcha de la sensatez y de la confraternidad sincera!

¡Oh!, si se hundieran para siempre, en las simas más oscuras, los odios, los rencores, las desastrosas rivalidades de los hombres!

¡Oh!, si luciera para todos la aurora de la regeneración social, convencidos de que los únicos lazos que no deben desatarse jamás, son los del respeto mutuo, los de la tolerancia recíproca y los de una eterna y fraternal concordia!

EL TRABAJO

EL TRABAJO es la palanca de Arquímedes, que ha levantado al mundo a la altura en que en la actualidad le contemplamos. Por medio de él se ha horadado los montes, dominado los mares, levantado ciudades estupendas y surcado las inmensidades del firmamento. Por él, se ha encadenado al rayo, se ha arrancado al Universo sus secretos y se ha separado los continentes; y, en otro orden de ideas, se han poblado las bibliotecas y enaltecido las artes, se han pulido las almas e iluminado las inteligencias.

El jurisconsulto honorable y probo, que toma sobre sí el apostolado de la Justicia y no transforma a la Ley en instrumento de la venalidad y del fraude, sino que se sirve de ella para el triunfo de la verdad y del derecho; el médico humanitario y generoso, que combate incesantemente los males fisi-

cos de la humanidad y lucha con la implacable Segadora para ver de privarle de sus codiciadas víctimas; el sabio, que entre los libros de su biblioteca o en el silencio del laboratorio, se afana por descifrar un enigma, resolver un problema o dar a luz un invento; el sacerdote ilustrado y virtuoso, que empapado en las enseñanzas del Evangelio, es un símbolo de abnegación y sacrificio en bien de la humanidad y un verdadero apóstol del divino Maestro; el agricultor y el industrial laboriosos, que ponen en juego sus actividades y energías para arrancar a la Naturaleza los elementos de vida para el pueblo y para transformarlos en pan, en vestido, en albergue para las multitudes, cooperando, así, eficazmente, al engrandecimiento y progreso del país; el militar instruido, pundonoroso y leal, que maneja la espada o el fusil, no para sostener tiranías ni cohonestar abusos, sino para defender a la Patria y sus instituciones, a la Ley y al legítimo derecho; el obrero infatigable y honrado, que con su labor variada y fecunda, levanta edificios, cultiva los campos, hermosea las ciudades y es un factor de importancia para el adelantamiento de los pueblos; el artista inspirado y excelso, que con las lucubraciones de su ingenio y la magia de su espíritu da gloria

y brillantez a la nación, sirviéndose de la palabra o de la pluma, del pincel o de la lira; el diplomático y el periodista, el filántropo y el artesano. . . . ; todos fabrican la tela de la felicidad común, todos son abejas de la gran colmena social, que labran incesantemente la miel del progreso, el panal de la civilización.

Nó, no puede ser el trabajo una maldición de la Divinidad, como se ha dicho con insistencia, merced a una interpretación, errónea quizás o equivocada, del Génesis. No podía Dios haber dado al hombre un destello vivísimo de su inteligencia creadora, ni puesto en sus brazos una fibra de su infinito poder, para que permanecieran perpetuamente inactivos e inútiles, según sus designios providenciales. "Comerás el pan con el sudor de tu frente", quiere decir, en mi concepto, te he dado la existencia y te he colocado en el mundo para que seas el rey de la Creación. Ahí tienes la Tierra, hermosa sí, pero inculta e incapaz, por sí sola, de proporcionarte todo cuanto necesitas para tu perfeccionamiento: pan, abrigo, habitación y cultura. Te he dado inteligencia y valor, fuerza y voluntad; anda, aplícalas con energía y constancia; y cubrirás los campos con las

doradas espigas de la mies y las esmeráldicas verduras de la dehesa; derramarás en los desiertos las aldeas —semillas y gérmenes de la ciudad—, para que crezcan y crezcan permanentemente y se ostenten después ciudades populosas y magníficas; lanzarás tus barcos, humildes y frágiles en los comienzos, majestuosos más tarde, a los mares infinitos, para transportar en ellos a todas las riberas, ideas, productos y civilización; harás vibrar las más delicadas fibras de tu espíritu y los senos más recónditos de tu ingenio, para que broten las sublimes manifestaciones del arte, en sus múltiples y fascinadoras formas; pondrás en juego las circunvoluciones de tu cerebro, para que luzca la ciencia con sus dictámenes más profundos; y unidas, después, en armonioso concierto, ciencias y artes, industrias y comercio, civilización y cultura, poseerás efectivamente la Tierra, bendecirás el sudor de tu frente y serás, como Yo lo he querido, el verdadero rey de la creación.

ENTIDADES AUGUSTAS

COMENZÓ ya, en el siglo pasado, la propaganda por el mundo de las disociadoras doctrinas, corruptoras de los pueblos y destructoras de la sociedad. Al niño, según ellas, no debía ni iniciársele en el conocimiento de la excelsa doctrina del cristianismo. Era menester tan sólo inculcarle el odio a sus semejantes, introducir el furor en su corazón, colocar en sus manos la tea incendiaria o la piqueta demoledora. No el trabajo ennobecedor, no el estudio que engrandece, no el esfuerzo propio que dignifica y levanta. Tampoco debían depositarse en su espíritu las simientes de la dulzura que suaviza el alma y las piedades que la confortan. Era preciso enseñarle la negación sistemática de Dios, el desconocimiento de la Patria, la disolución de la familia y del hogar.

Desdichada y triste humanidad el día que desaparecieran de su espíritu estos su-

blimes ideales, estos nobilísimos amores, base y fundamento incommovible de toda sociedad civilizada!

Dios, Patria, Hogar: entidades augustas, arraigadas profundamente en lo más sensible y hondo del espíritu humano, y muy dignas de recibir el más puro incienso de nuestra adoración.

Dios, el Ser Infinito y Sumo, el inmortal Creador del universo, el que dirige el admirable concierto de las constelaciones y los mundos, el incomparable Autor de la Naturaleza y del hombre, el misterioso e insondable Ser que rige con su paternal providencia a los individuos y a los pueblos, el que encarnado en su Divino Hijo, Jesucristo, trajo al mundo la sublime y seductora doctrina de paz, de dulzura, de confraternidad y amor; aquel de quien dijo un excelso poeta, en frase profunda y admirable, que quererle comprender, es adorarle, y no poderlo alcanzar, es comprenderle.

La Patria, el suelo bendito en donde vimos la primera luz y en que se ha mecido la cuna de nuestros padres y la de nuestros hijos; la tierra donde brotaron nuestras ilusiones, nuestros ideales y nuestras esperan-

zas; el rincón querido que encarna, para cada cual, los recuerdos del pasado, las realidades del presente y las ambiciones del porvenir; el que reúne en sí los prestigios de sus héroes, las excelencias de sus hijos ilustres, las hazañas de sus libertadores; la Patria, el adorado compendio de nuestras alegrías y de nuestras tristezas, de nuestros placeres y de nuestras amarguras, de nuestros triunfos y de nuestros reveses, de nuestras labores y de nuestros cariños, de nuestros infortunios y de nuestras glorias.

El Hogar, nido colocado en las florestas del mundo, en donde el hombre, ave peregrina, se pone al abrigo de las tempestades y los vientos; serena tienda de campaña, a cuya sombra vivificante recobra el alma su vigor perdido y encuentra el bálsamo beneficioso para restañar sus heridas y proseguir con valor en el perenne y mundanal combate; oasis providencial entre las arideces del desierto, donde el fatigado viajero recrea su espíritu y reclina por momentos su frente, azotada por las inclemencias del camino; puerto de salvación que, compasivo, extiende su mano cariñosa y brinda su acogedor asilo a los luchadores sin tregua con las olas embravecidas de la tempestuosa existencia.

DISCURSO



Discurso

pronunciado en la casa en que nació el Excmo. Sr. Dr. Don Federico González Suárez y en representación del Comité Central, el 12 de Abril de 1944.

Compatriotas:

DESCUBRÁMONOS reverentes ante el insigne ecuatoriano cuyo venerando recuerdo renovamos hoy en el centenario de su nacimiento, y que vió la primera luz en esta modesta casa de nuestra querida ciudad, la heroica y legendaria Quito.

Descubrámonos ante el excelso personaje, que iluminó a la Patria con los fulgores de su genio, que fué guía de sus conciudadanos con su palabra y con su pluma, que enseñó a todos con su austeridad y su noble ejemplo, que nos ilustró con su profunda sabiduría, nos fascinó con su grandeza, y nos glorificó con su gloria.

Discurso

pronunciado en la casa en que nació el Excmo. Sr. Dr. Don Federico González Suárez y en representación del Comité Central, el 12 de Abril de 1944.

Compatriotas:

DESCUBRÁMONOS reverentes ante el insigne ecuatoriano cuyo venerando recuerdo renovamos hoy en el centenario de su nacimiento, y que vió la primera luz en esta modesta casa de nuestra querida ciudad, la heroica y legendaria Quito.

Descubrémonos ante el excelso personaje, que iluminó a la Patria con los fulgores de su genio, que fué guía de sus conciudadanos con su palabra y con su pluma, que enseñó a todos con su austeridad y su noble ejemplo, que nos ilustró con su profunda sabiduría, nos fascinó con su grandeza, y nos glorificó con su gloria.

Aquí, en esta humilde mansión, — que está lejos de brillar con las fastuosidades de la arquitectura o del arte —, aquí se mecía la cuna de quien, por sus virtudes, por su ilustración, su carácter y sus talentos había de dominar más tarde la inteligencia y el corazón de los ecuatorianos, enderezar el rumbo de sus pasos, calmar sus fogosas pasiones y modelar la conciencia nacional.

Fué éste el nido donde nació el polluelo de águila que, al desplegar sus alas por sobre las cumbres de los Andes, oteaba las reconditeces de la historia, descifraba sus enigmas, penetraba en el fondo de todos los espíritus, y comunicaba a las almas las vibraciones de su patriotismo.

El niño, modesto e ignorado, que, en su pobre hogar, no tenía otros afectos que los de su anciana y desvalida madre, otros consuelos que los que prodiga la religión, ni otro porvenir que el que brinda la esperanza, llegó a constituir, con el correr de los años, el orgullo y el blasón de sus conciudadanos. Admirables designios de la Providencia! . . . Educadora enseñanza de lo que pueden alcanzar el talento, la voluntad firme, el esfuerzo constante y los elevados ideales de un espíritu selecto, de un ingenio superior! . . .

Y no es el único ejemplo de la historia. Cervantes se alzó desde las penalidades de la miseria y del desamparo, a las más altas cumbres de la literatura universal; Lincoln, desde las obscuridades de una casucha de campo, al poder de la nación más grande del Continente y a las claridades de la gloria; Napoleón, desde la mísera villa de Ajaccio, en Córcega, al más alto y refulgente trono de la inmortal Francia; y Cristo, desde el humilde portal de Beléu, a la gloria excelsa de Señor de los Señores y Rey inmortal de los siglos.

* * *

La patria ecuatoriana, nuestra amada patria ecuatoriana es, por su aspecto natural, una de las más bellas y primorosas del mundo.

Las dos cadenas de los Andes, que se elevan majestuosas del uno al otro extremo de su territorio, presentan los contrastes más admirables y los paisajes más variados y acogedores del Continente. De sus enhiestas y plateadas cumbres, que semejan brillantes incrustados en el esmalte azul del firmamento, descienden cascadas bulliciosas, que fulgen

cual diamantes al recibir los rayos del sol ecuatorial, y van a formar, después de recorrer atronadoras por entre precipicios y florestas, los gigantescos ríos que enriquecen con sus aguas los más grandes océanos de la tierra: el Pacífico y el Atlántico. En sus valles paradisíacos florecen plantas de todos los climas y fructifican variedad de mieses que les cubren de vistosa policromía, contrastando con esmeráldicas dehesas, en donde pacen ganados que matizan con sus colores los paisajes de la serranía. Y en las vertientes y planicies de oriente y de occidente, se levantan bosques de ensueño, que asombran por su fecundidad y lozania, y encienden la ilusión, no infundada, de futura prosperidad y de riqueza.

Paréceme, señores, que la vida de González Suárez, tan llena de vicisitudes y contrastes, es como un símbolo de nuestra patria. En ella, hay cumbres de sabiduría, de virtud y de carácter, que atraen, como las de los Andes, la rendida admiración y se yerguen majestuosas hacia el cielo. Sobre su frente se han cernido los furores de la tempestad y el ímpetu del rayo, tal como sobre las cúspides andinas en los crudos fragores del invierno. En su espíritu han florecido las

primorosas galas del arte, de la inspiración y de la amplia cultura, como las flores en los jardines, los frutos en los huertos y las palmas en las florestas. Y en su camino ha encontrado brisas de frescura y de consola- ción, entremezcladas con huracanes de odio y de malevolencia, a semejanza de las ráfa- gas que se cruzan en los valles interandinos a influencia de las nieves y de los volcanes.

Ah!; es que, como lo sabéis muy bien, lo grande, lo fuerte, lo superior es combati- do con tenacidad sobre la tierra. Como lo expresé en ocasión análoga —y dignaos per- mitirme lo repita hoy— “el rayo no se obs- tina en despedazar con furor las yerbas de los campos, sino las majestuosas cumbres. El huracán no se esfuerza por arrancar de raíz los débiles arbustos de los jardines, pero sí por echar al suelo los corpulentos cedros de los bosques. Y el mar hace chocar siem- pre sus embravecidas olas contra los graníti- cos peñascos, mientras arrulla serena y man- samente a las playas de la orilla. Pero, cum- bres, cedros y granitos soportan altivos los furores de sus adversarios y continúan en pie ocupando, respetables, el lugar en que les ha colocado la Naturaleza.”

* * *

Es a todas luces admirable la enorme figura de González Suárez como literato, como historiador, como prelado y como patriota.

Su talento enciclopédico y su pasmosa erudición le hicieron abarcar todas las ramas de la ciencia y los variados matices de las bellas letras. Escribió con profunda meditación y claridad abrumadora acerca de arqueología, historia, crítica, poesía, estudios bíblicos, limitrofes y políticos; religión, polémica, ciencias físicas y naturales; problemas de educación y cuestiones candentes; tratados místicos y recuerdos de viaje...; todo cuanto puede penetrar una mente poderosa y privilegiada; todo cuanto alcanza a profundizar un ingenio superior.

Y en el copioso caudal de su producción literaria y científica ostenta profundidad en el pensamiento, diafanidad en la expresión, pureza en el lenguaje, firmeza en la voluntad y carácter en la resolución.

Sería largo e impropio de este lugar y de las circunstancias detallar las múltiples obras de tan insigne escritor; básteme decir

que ellas forman por sí solas una biblioteca, en que el lector se abisma al considerar que fueron producto de un solo cerebro, de una sola infatigable y bien cortada pluma.

Mas, el monumento de mayor relieve levantado por él, es, a no dudarlo, su «Historia General de la República del Ecuador», donde se condensan toda su potencia de literato, su categoría de sabio, y su grandeza de maestro.

La historia, señores, no es solamente el relato escueto y cronológico de los acontecimientos pasados. Es el resultado prodigioso de innumerables investigaciones profundas; es la coordinación de múltiples conocimientos en todos los ramos de la ciencia; es la crítica serena e imparcial de los actos humanos, de las vicisitudes de un pueblo en el rodar de los tiempos; es la aplicación ecuánime de los dictámenes de la justicia a los sucesos públicos, con la consiguiente sanción de las recriminaciones o de los aplausos; es la maestra soberana de las naciones y de los individuos, que extrae de las sombras del pasado las lecciones saludables y fecundas para las generaciones del porvenir.

Y bien se comprende, por tanto, de qué cualidades y dotes debe estar adornado el

historiador para acometer y realizar tan colosal empresa; rectitud, talento, serenidad, carácter, desinterés, veracidad, imparcialidad, abnegación y autoridad indiscutibles.

Y todo esto reunió en sí nuestro excelso compatriota; y por ello, el dictado de Maestro eminente del pueblo ecuatoriano.

Tan difícil es y tan raro que una persona reúna todas esas condiciones y preeminencias, que un gran escritor del siglo pasado expresó, quizá con exageración, que "Roma tuvo medio historiador, España uno, y las demás naciones ninguno."

Unidas en González Suárez estas dotes excepcionales a sus acendradas virtudes como sacerdote y como prelado — virtudes no desconocidas ni por sus adversarios —, le colocaron en el más alto sitio del prestigio, de la gloria y del poderío moral sobre sus conciudadanos. Su voz fué respetada por todos, sin distinción de rangos ni de banderías políticas; su consejo fué solicitado aun por los altos Poderes del Estado, y sus enseñanzas tomaban el carácter de ley para sus compatriotas.

Nadie entre nosotros ha llegado hasta hoy a tal grado de ascendiente moral ni a

ser el oráculo de los ecuatorianos, como lo fué González Suárez.

* * *

Y su amor a la patria?.... Sacrificó todo por servirla, por enaltecerla, por defenderla, por elevarla a la altura que le correspondía. En circunstancias difíciles para ella, enardeció el espíritu público, enfervorizó a las muchedumbres, elevó al máximo con su verbo autorizado la llama del civismo para la defensa de sus sagrados derechos; y pronunció frases tales, que perduran aún en nuestras almas y que no serán olvidadas jamás, porque encierran una visión profética de lo que ha sucedido después en nuestra desgraciada cuestión internacional.

Su actitud decidida y firme contuvo al adversario audaz, que planeaba desde entonces sus aviesos proyectos, sus proditorios fines.

Y fué ahí, cuando la patria, representada por sus hombres más ilustres, colocó en esta casa la lápida que contempláis, como homenaje al más grande de los quiteños, que es también uno de los más grandes ecuatorianos.

Quien tuvo la palabra en este mismo sitio para hacer su elogio, fué un eminente hombre público, sabio y patriota, el insigne jurisconsulto Sr. Dr. Dn. Luis Felipe Borja, que, en frases admirables y elocuentes, ensalzó a González Suárez desde esta misma tribuna, que hoy, sin merecimiento alguno de mi parte, se me ha pedido que ocupara, como miembro del Comité iniciador de estos solemnes festejos.

Cedo por un momento al deseo de transcribir siquiera sean unas pocas líneas del espléndido discurso del Sr. Dr. Borja:

“Adolescente aún González Suárez — dijo — principió a subir la escabrosa cuanto altísima montaña de la sabiduría. Camina paso a paso, lenta y penosamente, los pies le chorrean sangre, el rostro tostado por el sol tropical, anheloso. . . . Oscurécese, brama la tempestad, por las negras nubes serpentean mil relámpagos, el trueno retumba, ábrense las cataratas del cielo. . . . González Suárez, sereno, tranquilo, sin vacilar, continúa subiendo. . . . Está en la cumbre. Vedle circundado de luminosa aureola. Es “el varón constante, íntegro y justo”, el ciudadano en cuyo pecho arde inextinguible la llama del más acendrado patriotismo, el eximio literato,

el crítico ameno que corrige instruyendo, el poliglota insigne, el arqueólogo consumado, el sacerdote modesto, el orador elocuentísimo, el más eminente de los historiadores. . . .”

Y termina su oración con estas palabras: “el pueblo ecuatoriano aclámale el primero entre todos sus compatriotas, y congrégase hoy, entusiasta, ufano, para transformar en Suntuoso Templo de la Inmortalidad la humilde casa donde nació Federico González Suárez.”

Pudimos en ese día los circunstantes contemplar a un sabio rindiendo tributo de admiración a otro sabio; a una eminencia presentando su homenaje a otra eminencia; como si Pasteur lo hubiese hecho con Bossuet en la ilustre Francia, o, en nuestra majestuosa cordillera andina, el Pichincha se inclinara reverente ante el Chimborazo.

* * *

Es menester, señores, que ensalcemos a nuestros grandes hombres por espíritu de justicia y para enseñanza de la posteridad; ya que, como lo dijo un insigne pensador, “país que no glorifica a sus grandes hombres, no los tendrá en lo sucesivo.”

No tratemos, contra todo sentimiento patriótico, de opacar sus virtudes, de empequeñecer sus merecimientos. Nadie está exento de error; nadie está libre de tener nubes en su cielo. Y a semejanza del egregio orador francés que dijo en ocasión solemne "sólo Dios es inmortal", digamos ahora nosotros: sólo Dios es perfecto.

Avivemos los horizontes de luz, disipemos las sombras que traten de opacarlos, y cooperemos a que reluzcan más las brillantes de la gloria. La grandeza de la patria sólo se forma, señores, de la grandeza de sus hijos.

INDICE

INDICE

	<u>Páginas</u>
NOTA EDITORIAL	5
ALOCUCIONES BOLIVARIANAS:	
En la recepción de la Urna Cineraria del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, para el Museo de la Sociedad Bolivariana	7
Al condecorar con la Medalla Insignia de la Sociedad al Excmo. Señor Don Henry A. Wallace, Vicepresidente de los Estados Unidos de América.	17
En agradecimiento al Sr. Dr. Rodríguez Fabregat y a la Colonia Uruguaya en el Ecuador, por el homenaje rendido en su sarcófago al Mariscal Antonio José de Sucre	25
Al recibir, en sesión solemne, al Excmo. Señor Canciller de Colombia, Dr. Dn. Francisco J. Chaux, para la entrega del diploma de Socio Honorario de la Entidad	29
En la inauguración solemne del Museo Bolivariano ..	33
En la Condecoración al Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, Dr. Dn. Carlos María de la Torre, con la Medalla de la Sociedad Bolivariana	41
En la sesión especial en honor de Francia.	47
Al recibir, en sesión solemne, la condecoración de la Sociedad Bolivariana del Ecuador con su Medalla Insignia	51

	Páginas
Ante el sarcófago de Sucre, en el aniversario de su infausta muerte.	57
Al condecorar al Excmo. Señor General Don Enrique Ñañaranda C., Presidente Constitucional de la República de Bolivia.	61
En la recepción de la bandera de la Gran Bretaña, obsequiada a la Bolivariana por el Excmo. Sr. Ministro Plenipotenciario de Inglaterra en el Ecuador	67
En la condecoración solemne, en el Salón de Próceres de la Bolivariana, al Excmo. Sr. General Dn. Isafías Medina Angarita, Presidente Constitucional de la República de Venezuela	78
En la sesión especial dedicada a honrar al excelso vate y Prócer ecuatoriano, Dn. José Joaquín de Olmedo	85
En la sesión solemne de la Bolivariana, celebrada en el aniversario de la muerte del Libertador, el 17 de Diciembre de 1943	95
En honor de Dn. Carlos Ibarra Valdivieso	109
La Quinta del Coronel Francisco Montúfar	113

A P E N D I C E

MISCELÁNEA LITERARIA:

La Poesía	127
De educación.	135
El Faro de Irlanda	141
El Derecho	145
La Libertad.	151
El Cristianismo	155
El Trabajo	163
Entidades augustas	167
DISCURSO en honor del Excmo. Sr. Dr. Dn. Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, en el centenario de su nacimiento y en representación del Comité Central.	173

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO
EN LA CIUDAD DE
SAN FRANCISCO DE QUITO,
EL DÍA 1.º DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO MIL NOVECIENTOS
CUARENTA Y CUATRO,
EN LOS TALLERES DE LA
EDITORIAL ARTES GRÁFICAS.

